

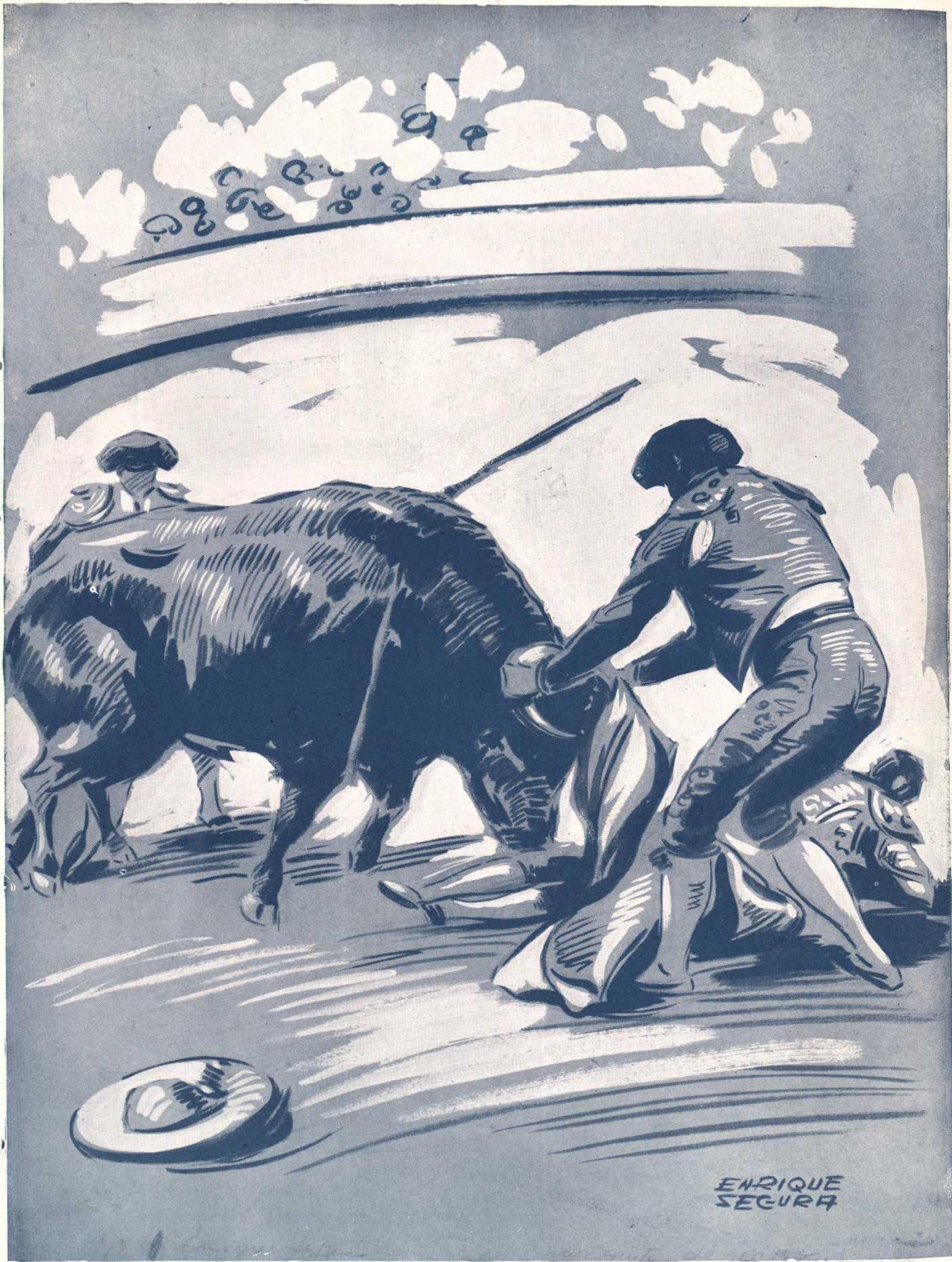
El Ruedo

FUNDADOR MANUEL FERNANDEZ CUESTA



2
Ptas.

JAAVEDRA



Un quite de valor
(Dibujo de Enrique Segura)



DON ALVARO DOMECO,

a quien le fué impuesta el domingo la Gran Cruz de Beneficencia en Jerez, da la vuelta al ruedo, mientras recibe las ovaciones del público que llenaba la plaza (Información en las páginas 4, 5 y 24)

(Foto Luis Arenas)

AYER Y HOY

Hasta los gatos... quieren los pitones limados

Por ANTONIO CASERO



ANTONIO CASERO



El Ruedo

Suplemento taurino de MARCA
FUNDADOR: MANUEL FERNANDEZ CUESTA

Año II - Madrid, 15 de noviembre de 1945 - Núm. 73



CARNICERITO DE MEJICO CHARLA PARA «EL RUEDO»

El torero mejicano, acompañado por el compatriota Rangel, durante la conversación que mantuvo el primero para nuestra Revista

Información en las páginas 20 y 21. Fot. Manzano

PREGON DE TOROS

Por JUAN LEON



CUARENTA corridas más que el año pasado se han lidiado en éste. Unos doscientos cincuenta toros más. En pesetas, una verdadera fortuna; pero sólo en pesetas. En este aspecto la temporada ha sido de aúpa. ¿Han probado ustedes a hacer un cálculo de lo que se ha gastado en toros y en toreros? Pues verán ustedes: los mil setecientos toros que aproximadamente se han lidiado, sólo a diez mil pesetas,

importaron diecisiete millones de pesetas, y los novecientos veintidós puestos que se han repartido entre los cincuenta y cuatro matadores de alternativa que los despacharon, habrán costado, quedándonos un poco cortos y calculando cada puesto por término medio a veinticinco mil pesetas, la friolera de veintitrés millones. En total, sólo de toros y toreros, cuarenta millones de pesetas.

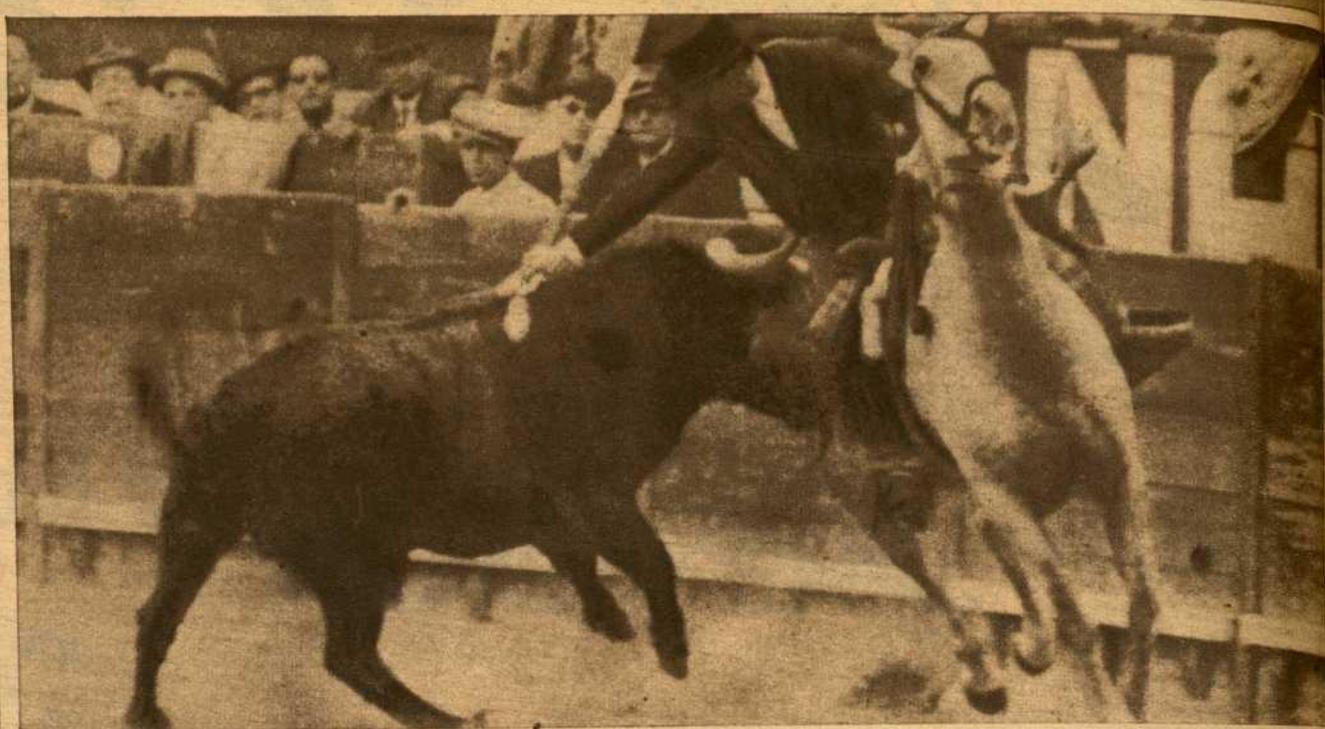
Pero a este total hay que agregar muchas y considerables partidas, tales como impuestos, subsidios, beneficencias, gastos generales, amortización y beneficios, elevando la cifra hasta tal punto que los aficionados de todas partes no han tenido, en general, capacidad económica suficiente para absorberla.

Se nos ha achacado en más de una ocasión que abordamos con excesiva frecuencia el aspecto económico de la fiesta, como si pretendiéramos hacer recaer sobre él todas las culpas. No es así. Otras muchas cosas la llevan por malos derroteros, la amenazan de muerte; pero hemos de reconocer que en el fondo de todas ellas palpita, precisamente, lo económico. Los toreros quieren ganar más dinero, cuanto más mejor; los ganaderos aspiran a vender utreros, cobrándolos como toros, y las Empresas, con el pretexto de los altos honorarios de los diestros, del excesivo precio de los toros y de las abrumadoras cargas que pesan sobre el espectáculo, no se conforman con ganar menos del ciento por ciento sobre el presupuesto de una corrida. Y, naturalmente, los precios de los boletos alcanzan una altura inconcebible, y cuando llega el momento, quienes lo pagaron gritan y protestan, aunque no tengan razón, por encontrar desproporción entre lo que pagaron por su localidad y lo que desde ella contemplan.

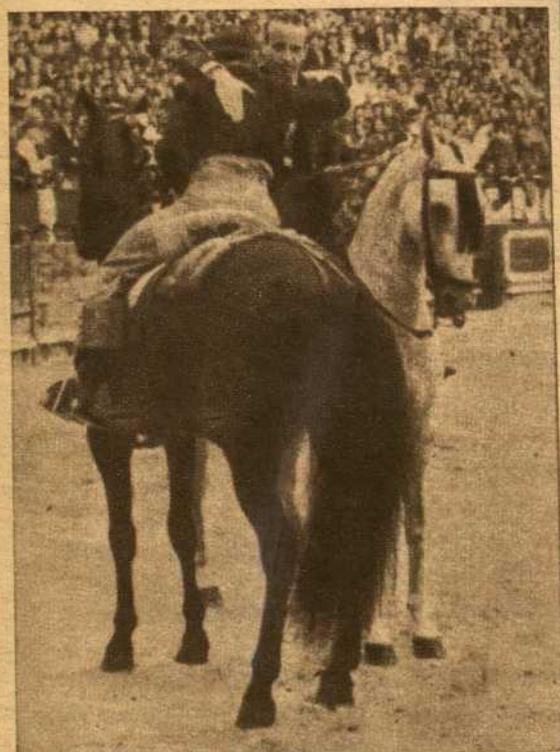
EL DOMINGO EN JEREZ



Alvaro Domecq, con las orejas y rabo cortados a su enemigo, da la vuelta al ruedo

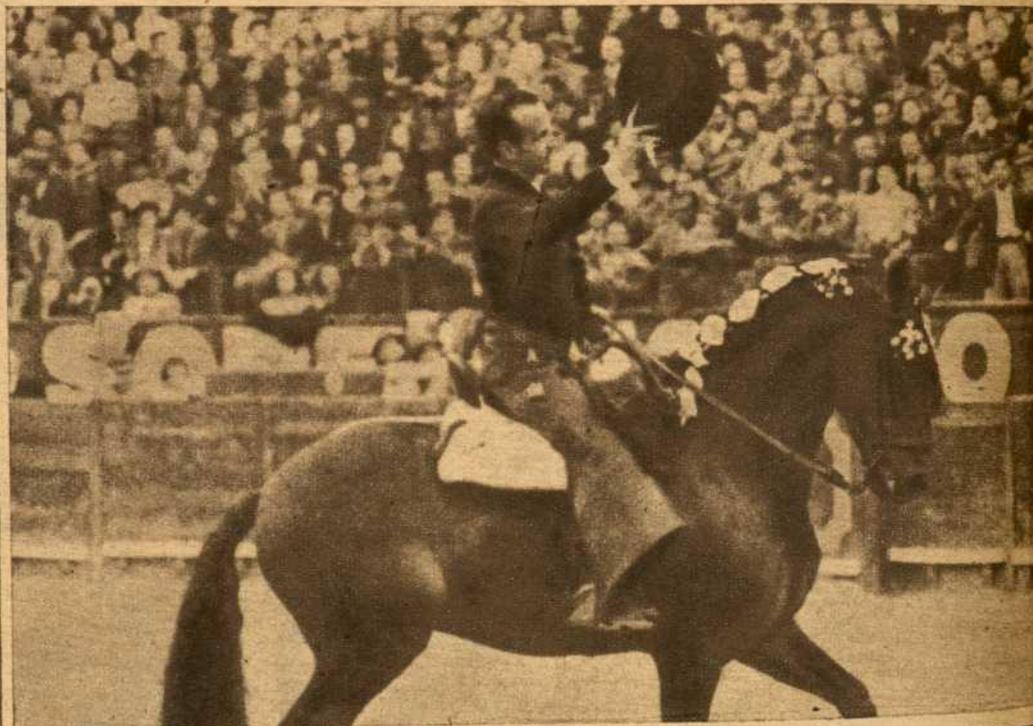


Durante la lidia a caballo, Domecq, en terreno muy comprometido, coloca un rejón en todo lo alto



Simao da Veiga y Alvaro Domecq se abrazan en el centro del ruedo

La airosa figura del genial caballista jerezano, sobre una de sus jacas favoritas, va dando la vuelta al ruedo, mientras que con su ancho sombrero cordobés en la mano derecha corresponde, con su saludo, a la ovación que el público, que llenaba la Plaza, le tributa. Son momentos de una gran emoción, rubricados por la gracia del caracoleo de la jaca andaluza



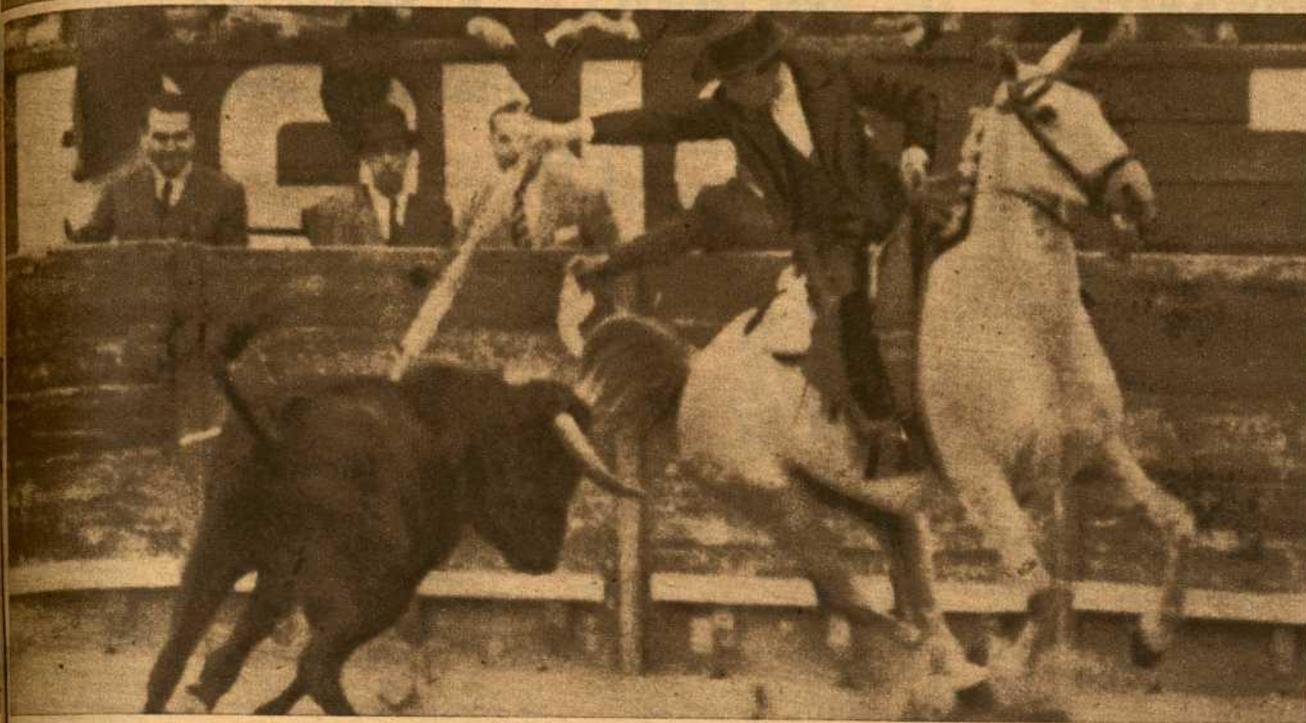
Había, además de la salsa de un pasillo encabezado por la línea airosa de tres caballistas —Belmonte, Simao da Veiga y Domecq—, el clásico desfile, con las presidentas a la cabeza, en el coche de mullillas enjaezadas, con los cocheros de corto en el pescante. Bella estampa andaluza que abre el desfile de las cuadrillas



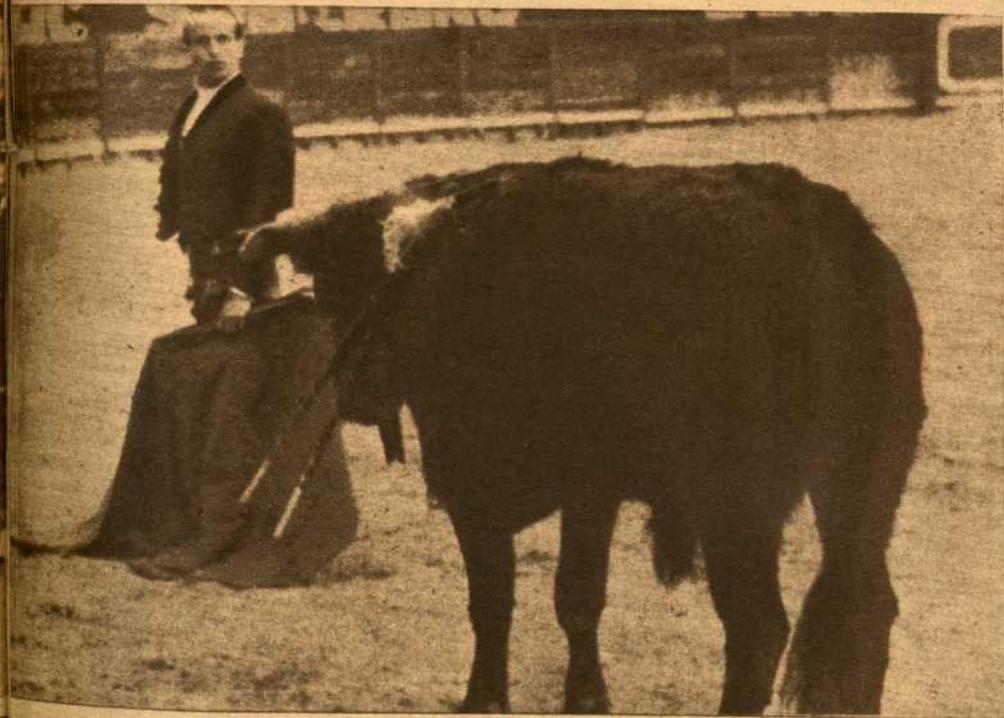
El caballero jerezano brinda la muerte de su enemigo al que realizó una gran faena premiada con oreja



Festival en honor de ALVARO DOMEQ



Un magnífico par de banderillas de Alvaro Domecq, en el que luce su destreza sin igual para este arte



No faltaba otra cosa para completar la fiesta. Alvaro Domecq echó pie a tierra y toreó a su novillo como mandan los más puros cánones del toreo y con la gracia especial de aquella tierra marismeña. En la foto, el caballero jerezano, frente a su enemigo, provoca un desplante toreero y gracioso. En el tendido, el aplauso se lanza al aire, justipreciando la faena del rejoneador



Tres figuras del toreo; tres ases del rejoneo: Belmonte, Alvaro Domecq y Simao da Veiga, junto a la puerta de cuadrillas, al salir al ruedo para dar comienzo a la fiesta. Tres titanes de la suerte de rejonear, tres caballistas extraordinarios, abrieron plaza el domingo en Jerez, en el festival donde había de imponerse al caballero jerezano la Gran Cruz de Beneficencia



Alvaro Domecq en un soberbio muletazo ayudado por alto a su novillo



Simao da Veiga y Domecq se abrazan entre barreras, después de su actuación



Domecq recibe las felicitaciones de unos amigos que asisten al homenaje ofrecido al rejoneador (Fots. Arenas)

NUESTRA CONTRAPORTADA

Francisco Bonal, Bonarillo

Por BARICO



Nació Francisco Bonal en Sevilla, el 2 de abril de 1871. Empezó el aprendizaje del oficio de tonelero, pero lo dejó pronto para entrar a formar parte de la cuadrilla de niños sevillanos, capitaneada por Faico y Minto, y llegó, en unión de Faico, a estoquear novillos en algunas Plazas andaluzas. Tenía dieciséis años cuando, en vista de sus acertadas actuaciones como banderillero, fué contratado por el novillero Francisco Lobo, Lobito, para que le acompañase a Méjico. Estuvo dos años por tierras mejicanas y a su vuelta, el 30 de junio de 1889, banderilleó por primera vez en Madrid, a las órdenes de Lobito, que hacía su presentación en la Plaza de la capital de España. Al año siguiente, actuó ya como novillero y con tal categoría se presentó en Madrid el 24 de agosto, alternando con Mancheguito y Espartero de Valencia, en la lidia de seis novillos de Cámara y Castrillon. Gustó mucho su actuación, fué contratado de nuevo y siguió actuando con éxito en las Plazas más importantes de España.

El día de San Fernando, de 1891, actuaba como único matador en Aranjuez Rafael Molina, por entonces alejado del ruedo madrileño. Los toros eran de Veragua. De Madrid se desplazaron a Aranjuez gran número de aficionados y toreros, y entre éstos, Francisco Bonal. El primer toro, Lumbrero, derribó con tal fuerza al picador Manuel Calderón, que éste murió horas después. El sexto, Lunares, llegó al último tercio muy difícil. Francisco Bonal saltó al ruedo y pidió y obtuvo permiso para despachar el bicho. Al dar Bonarillo el segundo muletazo, fué enganchado por el muslo y lanzado a gran altura. Tenía una cornada grave en el muslo derecho. Lagartijo había dicho de Bonarillo: «Este es un farol que se apaga». Y en efecto, el mismo Lagartijo, al descender en Aranjuez a lo que pidió Bonarillo, contribuyó a que éste se apagara, pues aunque siguió actuando con éxito, nunca olvidó la herida que le produjo el toro Lunares.

El 27 de agosto de 1891, Luis Mazzantini le dió la alternativa en Madrid, con ganado de Benjumá. Se llamaba el toro de la cesión, Baratero. Su mejor temporada fué la de 1893, en la que toreó treinta y seis corridas. Fué perdiendo partidarios, y en 1907 sólo toreó cuatro. Decidió entonces trasladarse a América, en compañía de su hijo Francisco Bonal Baliño. Toreó en Méjico, en Perú y en las Repúblicas de la América meridional. Donde más éxitos alcanzó fué en Lima, y como al correr los años fué perdiendo facultades, en Lima fijó su residencia y vivió ejerciendo actividades comerciales.

Francisco Bonal fué, sin duda, un buen torero. No llegó a alcanzar un gran puesto, porque toreó en los tiempos en los que brillaron Guerrita, Espartero y otras grandes figuras y porque era muy irregular, sobre todo con la espada.

EFE MERIDES

DE MIERCOLES A MARTES

Por J. HERNANDEZ-PETIT

NOVIEMBRE

14

MIERCOLES

Por aquellos tiempos de mil ochocientos treinta y tantos —tiempos del Chiclanero y de Leoncillo—, hizo para sí fama de *guapo* a la manera de la época, Manuel Lucas. Como matador de cartel, puesto de pico de montaña al que llegó por sus pasos contados, en 1823. Manuel era lo que hoy se dice una «cañitada» perpetua. (Aunque sea inmodestia, también el que suscribe ha inventado la palabra «orbollada», de éxito entre los deportistas, sinónima de «faroleo».) Para Manuel Lucas, no había toros mansos, probones, de media arrancada, con años y con defensas descomunales. Todos y todo le era igual. Una y otra tarde se la jugaba, más que valiente, temerario. Entonces se toreaba «a distancia» y él fué el primero que dijo que no. Que si no con tanto arte como los mandones, él, únicamente, se dejaba pasar

los cuernos a la altura del corazón, como si los puñales tuvieran por materia prima embutido de Guijuelo o Candelario. Y como entonces —tiempos de pasiones políticas turbulentas—, por otra parte, el torero era partidario de la política absolutista, intransigente con la miliciandaa y, con la voz y la cara, por menos de nada buscaba camorra en la calle y en los colmados, a quienes como él no pensaban, Manuel Lucas Blanco, que fué aplaudido a rabiar por su labor en los ruedos, fué odiado por cuantos le trataban como amigos y conocidos en la calle, a causa de aquellos alardes de superioridad y majeza, con los que los pacíficos ciudadanos de mala manera transigen.

Su suerte favorita era el volapié, que practicaba sin conocer ni el nombre. Y ya que de esta suerte hablo, aunque parezca pueril, voy a contestar con el soneto anónimo a la pregunta: «¿Qué entiende usted por volapié?», que un distinguido aficionado me dirige:

*El diestro que toreá de muleta,
según la condición del adversario,
en los pases avanza el pie contrario,
se ciñe los pitones y se aprieta;
logrará una ovación justa y completa,
si demuestra un valor extraordinario
y cruza los pitones temerarios
al matar, con lo cual llega a la meta.
Debe arrancar en corto y por derecho,
clavar todo el estoque en el morrillo
y por la cola ha de salir con fe,
después de que el pitón le roce el pecho.
Este uso de matar, que es muy sencillo (?),
es el que hay que llamarle volapié.*

Después de este inciso, vuelvo a Manuel Lucas Blanco.

En la noche del 18 de octubre de 1837, Manuel entró en un célebre colmado de la calle de Fuencarral. Allí estaba su tocayo Manuel Crespo de los Reyes, miliciano nacional. Al parecer, hablaron de cosas sin importancia. Ni una voz destemplada, ni un gesto amenazador, ni una mirada irascible, de agravio o desafío: el que amenaza, rara vez pega o mata. Pero ellos habían decidido *perjudicarse*, que diría el inventor del teléfono (año 1945).

No había restricciones en mil ochocientos y pico. Llovía lo suyo. Pero sólo alumbraban «el arroyo» luces mortecinas de candil. La de uno de éstos veló el cadáver de Manuel Crespo de los Reyes, y el torero Manuel Lucas fué procesado y condenado al cadalso. De nada les sirvió a Montes y a Juan León interceder por él. ¿Dónde estuvieron entonces los partidarios de las tardes triunfales...? Inexorable, había llegado la hora de juzgar la guapura tantas veces puesta de relieve, sin que nadie osase llevarle la contraria.

Los milicianos nacionales, casi unánimes, exigieron la muerte del torero. El abogado defensor asistió a la vista con uniforme de miliciano, según se escribió posteriormente, «para evitar serios disgustos». Pero ni la elocuencia del letrado, ni la fama del procesado «de arrancar en corto y por derecho y clavar todo el estoque en el morrillo», le valieron el indulto.

Con paso entero, pero lento y penitente, Manuel Lucas, por estas fechas —el 9 de noviembre de 1837— recorrió a pie el camino que le separaba del patíbulo. ¡Nunca se ha hecho un paseillo más trágico! Con los ojos bajos, la estampa de la época nos presenta al *matador* entre el sacerdote y el justicia, con birrete y cruz bordada, las manos empuñando el crucifijo.

Se afirmó que no hubo provocación en la reyerta; ni intención homicida en Manuel. El abogado no tuvo respuesta cuando preguntó con voz estentórea: «¿Alguien de cuantos me escuchan, puede decir con verdad que la muerte no fué un accidente casual?»

NOVIEMBRE

13

MARTES

Muy antiguo
y muy moderno...

Un coñac de
ayer para el
gusto de hoy.



VALDESPINO
JEREZ

Cádiz, la señorita del mar

LA NOVIA DEL ARTISTA

Por JOSE CARLOS DE LUVA

SE fué a la Gloria —la gloria eterna y verdadera— Ignacio Zuloaga. Y si en todas partes se le rinde el merecido tributo de exaltación y de recuerdo, un marco barroco y dorado con oro de ley es EL RUEDO, que encuadra a maravilla la figura —¡tan española!— de aquel hombrón que quiso ser torero y se quedó en maestro de pintores.

Ganó su vida y su gloria con los trastos en la mano —la paleta y los pinceles—, y toreó en el mundo entero.

Enamorado de España hasta la pasión, la sentía en el alma y en los pulsos. Su obra no es españolada, aunque algunos la vean así, naturalmente limpia de *panderetería*. Sus cuadros de toreros cantan claro: desde aquellos lienzos inquietantes de su primera época, en los que brillaba la trágica ansiedad y quizá el vencimiento, hasta los que plasmaron *la fiesta*, encarnándola en las grandes figuras representativas, corren las cuentas de un rosario de agallones rezado fervorosamente, día tras día, en París, en Eibar, en Nueva York, junto al Guadalquivir y en las Vistillas. Don Ignacio Zuloaga tenía hecho voto de perpetuo españolismo. Y ese voto es Patria.

Una noche, va para tres años, salimos juntos de Madrid, rumbo a Cádiz, donde el artista tenía una novia, morena y fina, que le aguardaba siempre con su traje de seda azul, de faralaes, tocada la mantilla, y entre las finas manos, un abanico con las varillas de nácar.

Era quizá el retrato —de los muchos que pintó— que más le ilusionaba y atraía. ¿Qué diera él por tenerlo en su estudio? Pero la novia no quiso nunca abandonar "la tacita de plata", y en un salón isabelino le aguardaba siempre con su suave sonrisa, mirándose las galas en un espejo enorme con historiado marco y rosas pintadas en la luna.



¡Ibamos a Cádiz! Y don Ignacio se esponjaba con alegría infantil y emoción de enamorado.

Nos levantamos al apuntar el sol, ya cerca de Sevilla, y desayunamos en Utrera los clásicos mostachones, comprados a un viejecillo con pavelo y marsellés: Era de Conil y se llamaba Frasquito: "Frasquito Atienza, palo que ustés gusten mandar."

Y aquí la exaltación de Zuloaga que se la despertó Frasquito, y el paisaje marismero donde relucía el blanco caserío de "Torres de la Marisma", la sede de Felipe Murube, que esté también en gloria, y el joyel de Lebrija coronando un viso.

Decía el artista, que, de todo —todo que abarcaba con un aspeo de un brazo de atleta—, de todo el mundo, lo más bello era este pedazo de España que se iniciaba entre armajos utrereños para rematar en el blanco brazuelo gaditano empapado de sal y de Levante: lágrimas de la Naturaleza arrancadas de los ojos azules a fuerza de reír.

Y ya en la campiña jerezana, sin apartarse un momento de la ventanilla por la que se colaba el sol, la brisa ¡y el humo!, me hizo su íntima confesión:

—Ambicioso —decía— un cortijuelo y cincuenta vacas bravas, para divertirme con mis amigos jugando a ser torero y ganadero.

—Y ¿por qué no satisface ese capricho tan fácil y asequible?

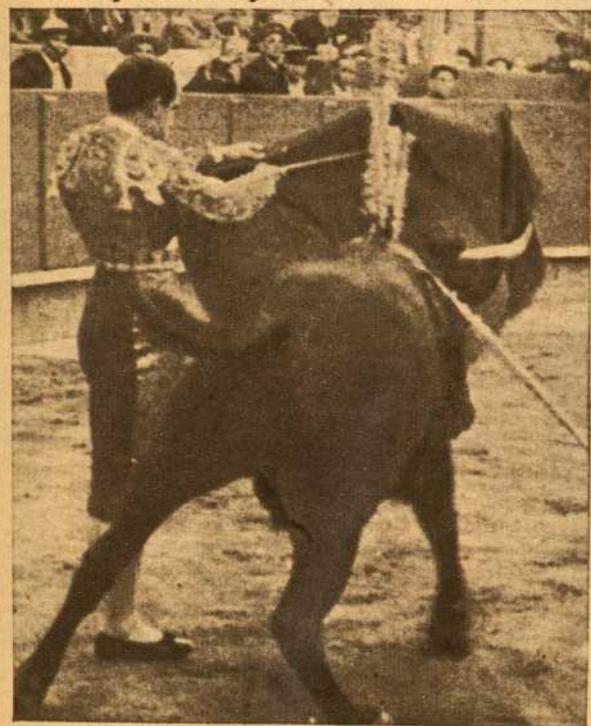
—Porque no tengo tiempo.

Era verdad. Don Ignacio se pasaba diez o doce horas diarias pintando y Dios se lo llevó cuando acariciaba con el alma y los pinceles los golpes de un traje de torero azul y plata— ¡Los colores de aquel rincón del mundo donde le aguardaba siempre, vestida de seda azul y con un abanico de nácar entre las finas manos, Cádiz, "la señorita del mar"!

CARTEL DE BARCELONA



Jaime Pericás, en la faena de muleta al primer toro que le correspondió matar en Barcelona



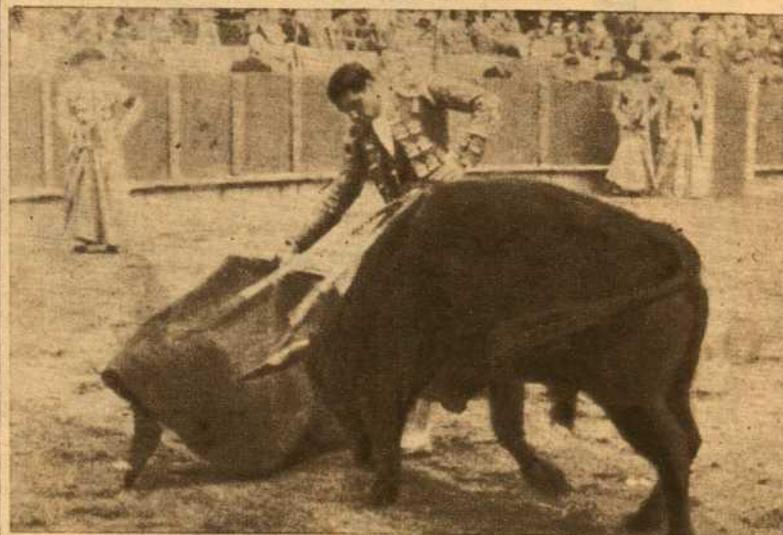
Un ayudado por alto del diestro mallorquin, en la última corrida celebrada en el ceso catalán



Con la muleta en la izquierda, Pericás intenta faena al primero de sus enemigos



Valencia III lanceando al primer bicho que le correspondió en la corrida del domingo, como final de las celebradas en el ruedo de la Monumental



Curro Caro, que terminó su campaña taurina con la corrida de Barcelona, inicia la faena con unos pases de tanteo

Pericás, en unos lances perfectos, sin enmendarse, logra grandes aplausos durante la lidia del primero



JUICIO

POR fin, quiso el tiempo que pudiera darse esta corrida, que amenazaba con hacerse eterna en el cartel. Tres suspensiones ha sufrido, y ya creíamos que habría que dejarla para mejor ocasión.

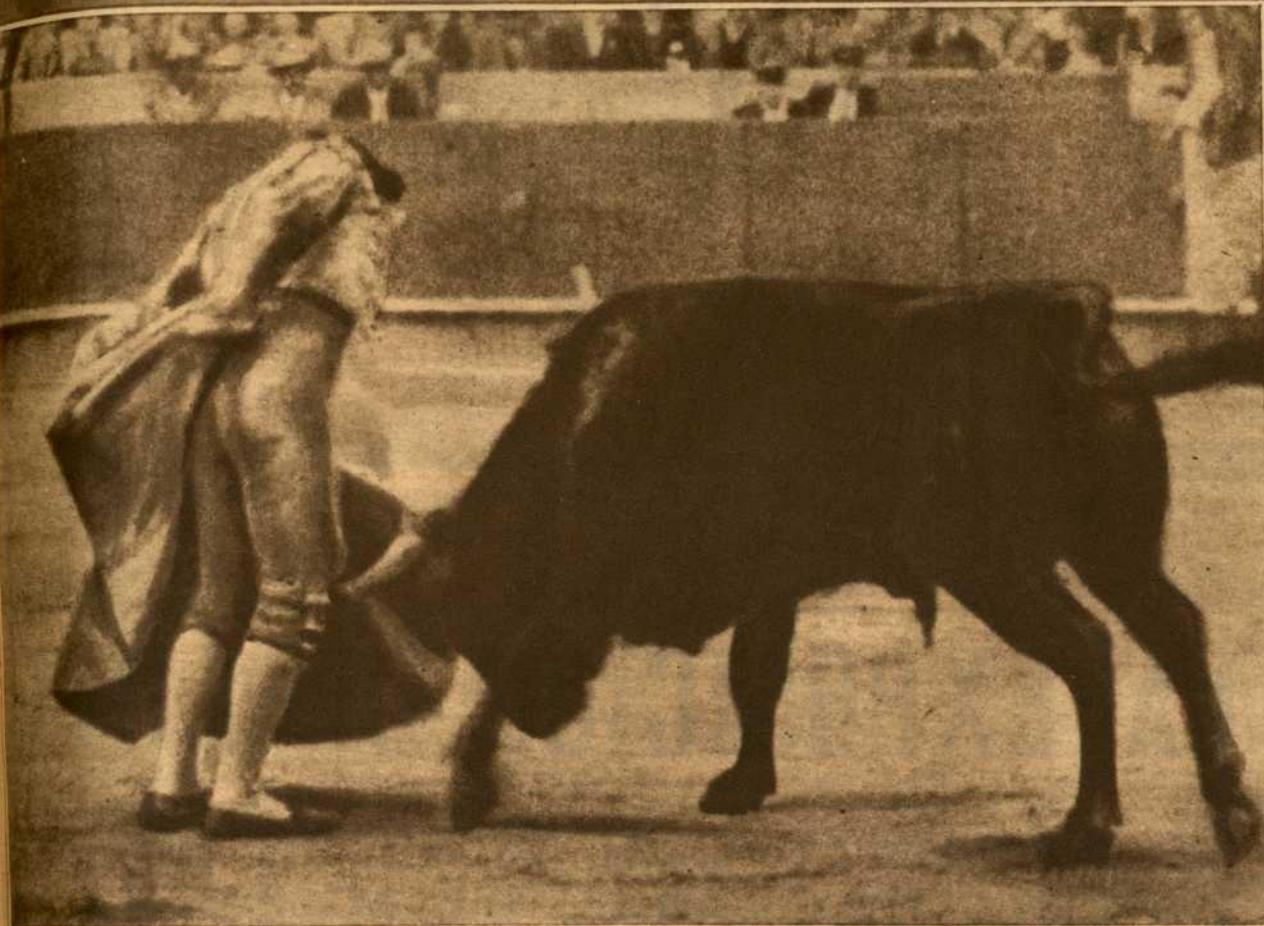
Sin embargo, el domingo abrió un poco el tiempo y pudo hacerse el paseillo.

Se lidiaban toros de don José Ignacio Vázquez, dos de don Manuel González y dos de don José Escobar, para los diestros Curro Caro, Jaime Pericás y Valencia III.

Curro anduvo suelto en su primero: Buen torero y con clase este chico, supo sacarle faena al que abrió plaza. Hizo una faena de muleta, en la que lució su arte en magníficos pases, para terminar de dos pinchazos y una estocada, que le valieron una larga ovación y la vuelta al ruedo.

En su segundo toro estuvo torero y valiente, realizando una fae-

Curro Caro, Jaime Pericás y Valencia III



El diestro Valencia III se adorna en los quites, lanceando de frente por detrás, en cuyo toro alcanzó un gran éxito, siendo aplaudido por su faena



El diestro madrileño Curro Caro iniciando un pase por alto para comenzar la faena

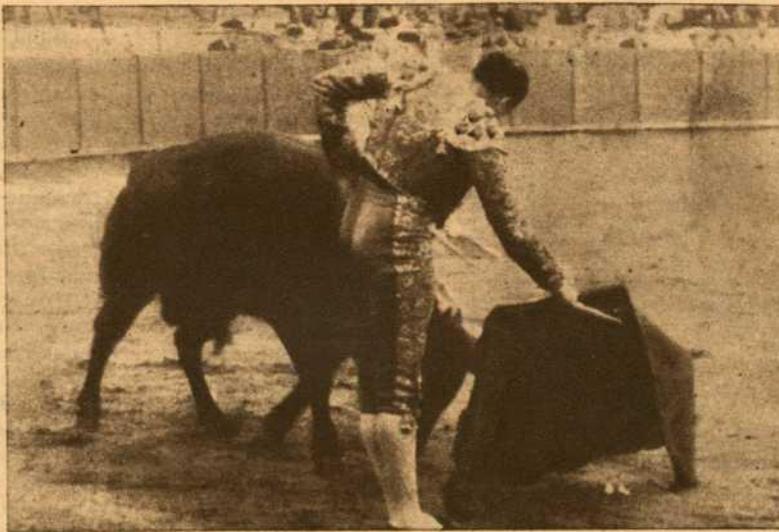
CRITICO

na, que fué ovacionada. Lo despachó de una estocada y media y un pinchazo, que le valió muchos aplausos.

Jaime Pericás es un torero muy fino cuando él quiere; torea con la capa con un sabor especial, que le da categoría extraordinaria. Con la capa anduvo muy bien, y con la muleta podemos decir que no desmereció, en conjunto, de la labor que hizo con el capote. Fué ovacionado en sus dos toros.

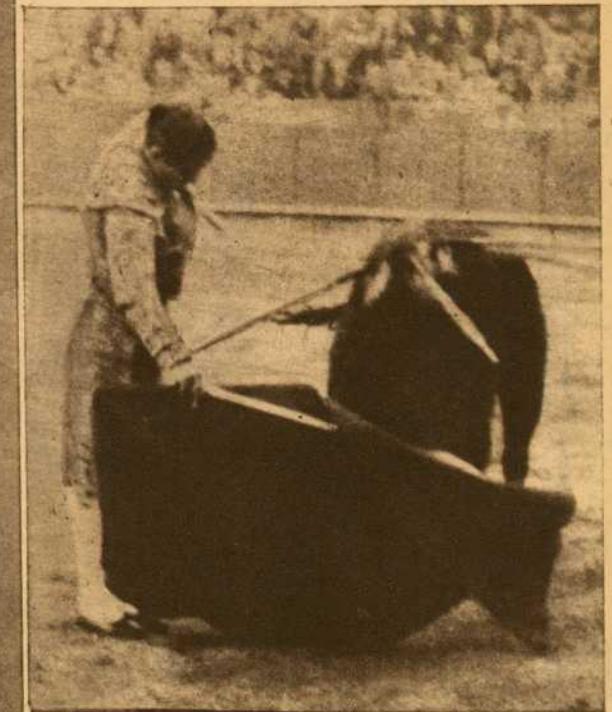
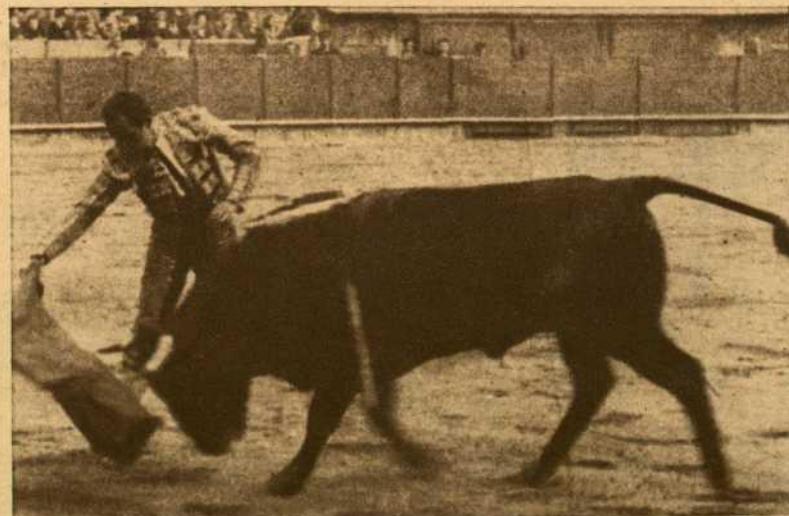
Valencia III sacó, como siempre, a relucir su gran valor. No tuvo mucha suerte en su lote. Al segundo, manso, lo muleteó con gran estilo, siendo despedido con grandes aplausos. En su primero hizo una faena de dominio, y fué muy ovacionado.

Y con esto se acabó la temporada taurina, que en esta capital, en muchas tardes, ha tenido caracteres de acontecimiento.



Curro Caro, que alcanzó un éxito en sus dos toros, aguanta mucho en la embestida del astado, al iniciar su faena

Pericás, que alternó con Curro Caro y Valencia III, intentando fijar al toro que lidió en segundo lugar



Otro momento de la faena de muleta lograda por el diestro Curro Caro



Con las dos rodillas en tierra, Curro Caro instrumenta unos valientes pases (Fotos Valls)



«Las cuadrillas de Lagartijo, Frascuelo y Mazantini», cuadro de Vázquez Díaz



«Toro», de don Mariano Benlliure, magnífica escultura que ha estado expuesta en la Exposición del Arte Taurino de Zaragoza



LA EXPOSICION DE ARTE

SE ORGANIZO CON OCASION DE LA V FERIA NACIONAL DE MUESTRAS



sar a quienes habían de visitar la Feria con fines comerciales una manifestación artística de tal envergadura, y, por añadidura, íntimamente ligada con el arte de lidiar reses bravas? Y en tal manera interesó que una vez clausurado el certamen industrial fué necesario prorrogar por unos días la Exposición de Arte Taurino, conjuntada con acierto indudable y llena de interés artístico y taurino. Era cada vez mayor el número de visitantes, y de haber sido posible,

POR primera vez se celebró en la Inmortal Zaragoza una auténtica Exposición de Arte Taurino. Fué con ocasión de la V Feria de Muestras, certamen nacional prestigioso, al que concurren las más caracterizadas marcas industriales tanto españolas como extranjeras. Cuando se proyectó esta Exposición encuadrada en tal marco, se dudó de su éxito. ¿Podía interesar a quienes habían de visitar la Feria con fines comerciales una manifestación artística de tal envergadura, y, por añadidura, íntimamente ligada con el arte de lidiar reses bravas? Y en tal manera interesó que una vez clausurado el certamen industrial fué necesario prorrogar por unos días la Exposición de Arte Taurino, conjuntada con acierto indudable y llena de interés artístico y taurino. Era cada vez mayor el número de visitantes, y de haber sido posible,

no hubiera sido desacertada una nueva prórroga. Los organizadores de esta singular Exposición han recibido proposiciones para repetirla en diferentes capitales españolas, y se piensa en la posibilidad de exhibirla en el Extranjero, en vista de las sugerencias que han sido hechas.

Cerca de ciento cincuenta obras pictóricas se han expuesto en esta exhibición de arte taurino. Bastará que demos algunos de los autores de obras que han sido admiradas en esta Exposición para que el lector forme juicio sobre la importancia de la misma.

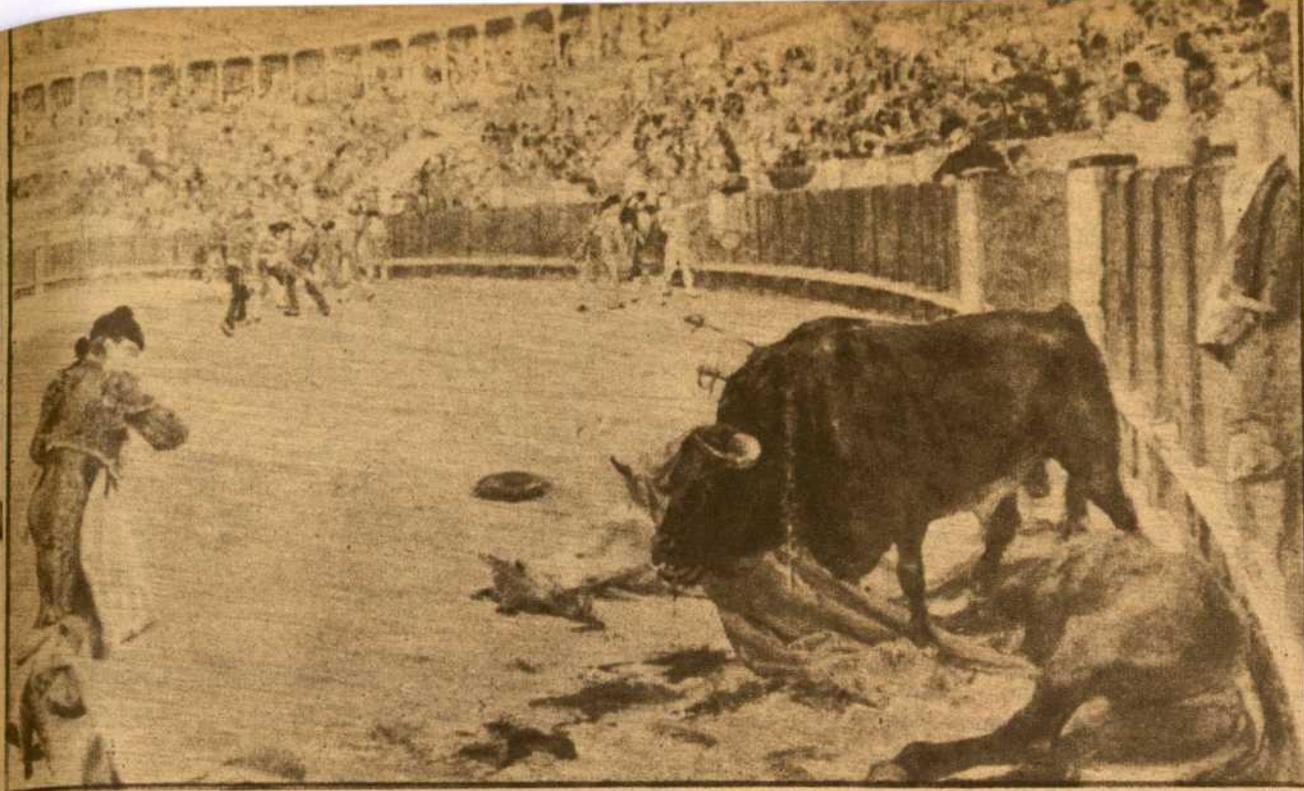
Hay cuadros de Eugenio Lucas, Esquivel, Fortuny, Unceta, Lizcano, Chaves, Perea, Gutiérrez Solana, don Mariano Benlliure, Vázquez Díaz, González Marcos, Bertuchi, Saavedra, Esteve Botey, Casero, Enrique Segura, Soria Aedo, Giráldez, Ricardo Marín, Manuel Benedito, Roberto Domingo, Terruella, Ruano Llopis y del ex matador de toros Antonio Sánchez, entre otros.

Quede para los críticos de arte el debido elogio que merecen las obras expuestas por su calidad. Nos limitamos nosotros a hacer notar el envío pictórico del inigualable don Mariano Benlliure, que ha prestigiado la Exposición con su cuadro *El tercer aviso* y con figuras escultóricas dignas de su

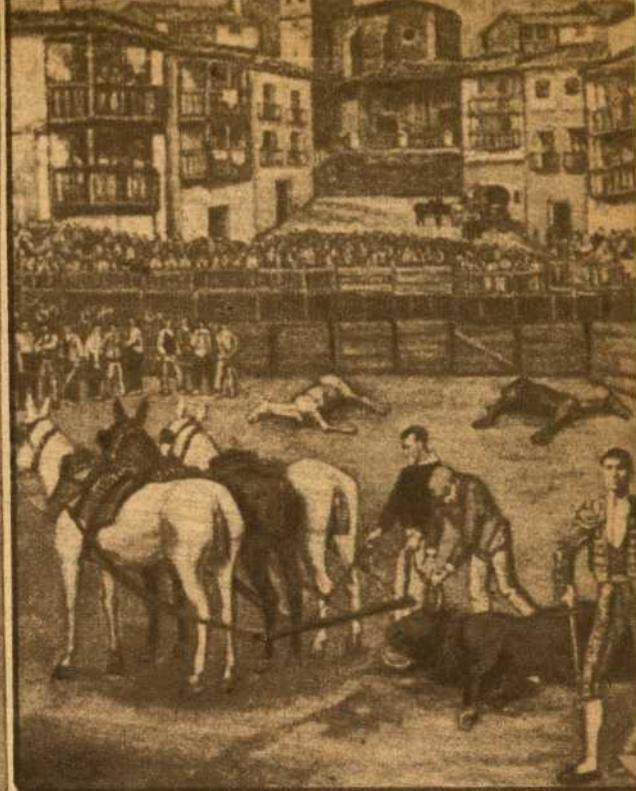
Cartel en seda y cabeza de toro al que cortó Villalta la veinticinco oreja en Madrid.—Abajo: Originales publicados en EL RUEDO y otras revistas

Cuadros que exhibieron en Zaragoza, correspondientes a Giráldez, Ruano Llopis y González Marcos, todos referentes a la fiesta





«El tercer aviso», óleo del escultor valenciano, magnífico cuadro que expresa el desgraciado momento para el matador (Fotos Marín Chivite)



«Corrida en Castilla», cuadro de Gutiérrez Solana, que estuvo expuesto en Zaragoza

TAURINO DE ZARAGOZA

CONCURRIERON PINTORES DE INGLATERRA, FRANCIA Y JAPON, DESTACANDO LA APORTACION DEL CONDE DE COLOMBI

nombre. Hagamos también una excepción con el que fué famoso matador de toros Antonio Sánchez, hoy pintor más que estimable, y dediquemos un emocionado recuerdo al pintor Gutiérrez Solana, no hace mucho tiempo fallecido.

González Marcos, Saavedra, Casero, Segura, Roberto Domingo y Vázquez Díaz hicieron envíos importantes en calidad y cantidad. Los demás no desmerecieron al lado de los citados, aunque la cantidad de obras expuestas no fuera muy importante.

Concurrieron también a esta Exposición cuatro pintores extranjeros. Uno inglés, otro francés, otro alemán y, finalmente, uno japonés, Yoto-Suma, del que el conde de Colomby ha enviado una graciosa colección de nueve apuntes, hechos en 1910, de los que se dice en el catálogo: «... de interés siempre, lo tiene aun mayor en esta Exposición, donde se encuentran obras de franceses y de ingleses y de alemanes —láminas muy raras del siempre coleccionista y gran aficionado marqués de La Cadena—, porque se pueden comparar los diferentes puntos en que se colocan los extranjeros para mirar nuestra fiesta.

Yoto-Suma la vió en el ruedo, y luego reflejó en sus apuntes los recuerdos que le quedaron...»

Se expuso también una magnífica colección de

abanicos, programas y trofeos, que no hubiera sido posible reunir sin la entusiasta y desinteresada colaboración del conde de Colomby, en primer término por la importancia numérica de su envío, de don Ignacio Bauer Landaver, don José Bellver Cano, don Francisco Godia Petriz, el marqués de La Cadena, don Manuel Mejías, don Juan Valero, don Nicanor Villalta, don Braulio Lausín, don Manuel Arnal, doña María Dosset, don Emilio Alfaro y don Antonio Cañero.

Faltó a esta Exposición alguna figura señora del arte español y faltó también la aportación de más de un coleccionista. No conocemos los motivos de tales retraimientos; pero si consideramos el éxito logrado, habremos de darnos por más que satisfechos.

El ejemplo de esta Exposición ha de animar a sus organizadores para continuar la labor.



Capotes de paseo, retratos de Joselito, obras pictóricas de Benedito y acuarelas y templets de Durá, que figuraban en la Exposición

Vista parcial de una de las salas. Cuadros, abanicos y esculturas.—Abajo: Cuadros de Lucas, Roberto Domingo, Lizcano, Chaves y Perea





CAPITULO XIX

PARA reponerse de la cornada a que me referí en el capítulo anterior, se fué Joselito al campo, y entonces surgió con un aspecto nuevo ante mi admiración.

Ya he dicho cómo jamás fuí caballista —hombre soy de tierra firme, ni jinete ni nadador, aunque más de una vez cabal-

gué a regañadientes y muchísimas crucé el Océano de mi América a mi España, y viceversa, sin miedo a naufragar—, y así, de nuevo tuve la suerte, por mi voluntad cómoda y temerosa, de presenciar las faenas ecuestres de José, regantigado yo en un coche, como en aquella ocasión en que en pleno campo abierto le cogió el pasmo de Gelves

las orejas a un toro tremendo, del cual había dicho Guerrita que no se le podían tocar los pitones.

Por aquellos días llevaba Joselito como compañero a un gran aficionado, que se llamaba aún y Dios lo guarde muchos años, Eugenio Luque, andaluz ciento por ciento, con todas las aficiones de su casta, el caballo, el toro y el vino, y acaso algo más; ¡las tres cosas de Jerez, donde el toro pende los cuernos, y gasta falda y peineta, sin perder las intenciones! El lector adivine y las mujeres me perdonen. Luque tenía una cara que era la misma de Machaquito, pero que la sonrisa perenne y los ojillos, también risueños, surcaban de arrugas —cara pueril y vieja a la vez—, y era muy bajo de estatura, con todo el aire ágil y leve de un jockey inglés. Jinete estupendo, admiraba profundamente, porque lo entendía, la destreza de José, y por la noche, en los descansos, me explicaba técnicamente las maravillas de la faena, que yo escuchaba asombrado sin entender y Joselito subrayaba con la curva de su sonrisa triste. Más triste entonces que nunca, porque le atormentaba el recuerdo de la madre muerta. Acaso también porque se le había clavado en el corazón la saeta de un amor verdadero, y diferencias de posición social, invocadas por orgullo del padre de la novia, que era un famoso ganadero, hacían casi imposible la boda. La chiquilla estaba enamorada; pero había sido criada sin libertades modernas, y era dulce y obediente y sabía sufrir. José, en cambio, padecía mal sufriendo, y hasta renegaba a ratos de su profesión —¡él, tan aficionado y tan torero!—, porque, aun siendo en ella famoso, no le servía para asegurarle la felicidad. A mí me pareció leer en sus ojos el sueño de un porvenir tranquilo, retirado del toreo, metido en otros negocios, figurando entre los notables y las grandes fortunas de Sevilla; y una tarde, en que volvió del Hipódromo de Madrid, donde había estado con varios amigos aristócratas, ostentando su sombrero ancho y su camisa bordada y sin corbata, le dije, por insinuar un consejo, traicionando en el fondo mi afición taurina, pero sirviendo al amigo:

—¿No te gustaría ir siempre a las carreras de caballos, y llevando del brazo, como legítimo marido, a la mu-

jer que adoras? Claro está que para eso hay que cambiar de indumento. Habría que ponerse colas de jacquet, y un hongo; y un plastrón con una perla... y llevar unos prismáticos en bandolera.

Se echó a reír; pero triste siempre, silenciosa la risa:

—¡Quita, quita! Un matador de toros vestido de... sin ofender a nadie... de... máscara... ¡No puede ser!

—Con dejar de ser matador de toros... —me atreví a decir.

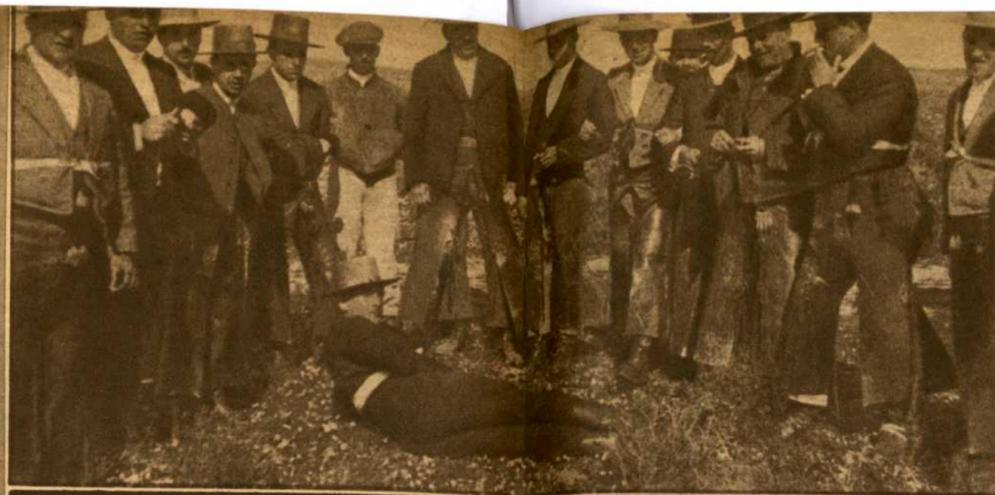
Me miró muy pálido y muy serio. Le relumbraron los ojos, casi húmedos de llanto.

—Mira, Felipe: yo me retiraré del toreo porque engorde, como mi hermano Fernando, y no lo pueda remediar, y me sienta sin mi agilidad y sin mi fuerza, o cuando aparezca otro

torero que pueda más que yo. Y eso, ¡fíjate bien!, eso... lo veré yo antes que nadie.

Callamos los dos. En los días que siguieron, Joselito pareció muy alegre. Como vivíamos en la misma casa, algunas noches me encontré en la escalera con algunas visitas que salían de su piso, que habían venido de escenarios

de opereta o de tablados bailarines, y por las que él mostraba un alegre entusiasmo. Como Romeo, que se encalabrínó por Rosalinda, José era capaz de encalabrinarsé también un momento; pero luego... luego volvía con el pensamiento triste a su Julieta, que no se llamaba precisamente así, y tenía una carita dolorosa de virgen sevillana bajo el palio negro de una mantilla de encaje. Una tarde,



Joselito con un grupo de amigos en un descanso en una faena campera

JOSELITO



APUNTES PARA UNA BIOGRAFIA

Por FELIPE SASSONE

Arriba: Joselito, derribando, se adelanta a su compañero de collera, don Eugenio Luque.—Abajo: Joselito en el Hipódromo, con su anacrónico indumento, en medio de hongos y prismáticos de la aristocracia



en el comedor, hablamos sentados ante una mesa sobre la que había una botella de manzanilla sanluqueña y una sola caña. El no había querido beber.

—Me sienta mal y me pone más negro—aseguró.

Tenía los ojos encarnizados. De pronto, rompiendo un silencio largo, mientras yo paladeaba el vino, exclamó, alargándome unas hojas de papel:

—Toma, lee, mira. Ciento ocho mil pesetas de propaganda que acabo de pagar, encima de todo lo que he dao. Ahí verás las manifestaciones que han sido pagadas, las localidades que compré yo para que vinieran a aplaudirme mis admiradores. No soy un gran torero porque me arruine, ni porque sé más que nadie, ni porque pueda con todo lo que me echen; soy un gran torero porque pago mi dinero por serlo, y ser un gran torero no me sirve para nada, para nada, ni siquiera para darle gusto a mi corazón. ¡Todo es mentira, mentira! —y con los codos sobre las rodillas y la cabeza entre las manos rompió aquel hombre tan hombre a llorar como lo que a la vez también era, ¡como un chiquillo!

A los pocos días me dijo:

—Me voy a tu tierra; ya he firmado el contrato. No quería cruzar el charco; pero ahora... nada tengo que me pueda retener aquí. Me voy a ver un mundo nuevo. Me voy... me voy a ver si olvido; pero sé que no olvidaré nunca.

Llegó a Lima el 3 de diciembre de aquel año de 1919 y toreó su primera corrida el domin-

go 14. Le costó mucho trabajo romper el hielo de los exigentes aficionados limeños. Gustó sólo a los mu y imparciales —toda Lima era belmontista—, y los críticos pretendieron discutirle. A la segunda corrida se impuso a toda la afición; el público del sol arrancó unos caracoles en que se elogiaba a Belmonte

y paseó en triunfo por el ruedo al ídolo nuevo. Toreó ocho corridas más, que fueron ocho enormes triunfos, y el día 8 de febrero de 1920 mató seis toros e hizo seis faenas inolvidables. Lima seguía siendo belmontista, porque Juan había ido antes y allí se había casado con una señorita de la aristocracia limeña, y porque era, claro está, un gran torero.



Durante la inauguración en Valencia de la Peña Gallinero, los tres hermanos rodeados de admiradores

Pero en la Plaza de Acho quedó una lápida de bronce con la figura de Joselito pasando al natural a un toro enorme, con las dos fechas, la de la primera y la de la última corrida, para señalar el nivel más alto que habían alcanzado las aguas del toreo más claro y más copioso que a mi tierra llegó.

Joselito emprendió el 19 de febrero de su último año la vuelta a España lentamente, por Chile, cruzando la cordillera de los Andes, para pasar unos días de alegre reposo en Buenos Aires. El 29 del mismo mes mataba en la Plaza de Montevideo, en el Uruguay, donde hacía mucho tiempo que no se celebraban corridas, el último toro que mató en América. Llegó a Cádiz el 19 de marzo. El 4 de abril empezó la temporada en Sevilla. Al día siguiente confirmaba en Madrid la alternativa a su cuñado Ignacio Sánchez Mejías. Yo andaba por provincias dirigiendo mi compañía de teatro dramático. Nos encontramos en Valencia a primeros de mayo. No pude verle antes de la corrida.

En la Plaza me pareció gordo y cansado. Vestía tarle al hotel.

Partió aquella misma noche. Charlamos mucho tiempo, y me contó con lujo de pormenores pintorescos su temporada en mi ciudad natal.

El hablaba desde su lecho, donde descansaba de las faenas de aquella tarde.

Anocheaba cuando nos despedimos.

—¿Adónde vas ahora?—me preguntó.

—Unos días a Castellón. Luego, a un pueblo que no sé cómo se llama.

Hizo una mueca de disgusto.

—¡Pueblos! —exclamó—. ¡Qué mala pata tiene ir a los pueblos! Yo tengo comprometida una corrida en Talavera para el lunes 16; pero no sé todavía si la torearé. No quiero ir a ningún pueblo.

Nos abrazamos... ¡y ya nunca más le vi!

(Continuará).



El Madrid de finales de siglo y el pintor Enrique Rumoroso

Por MARIANO SANCHEZ DE PALACIOS

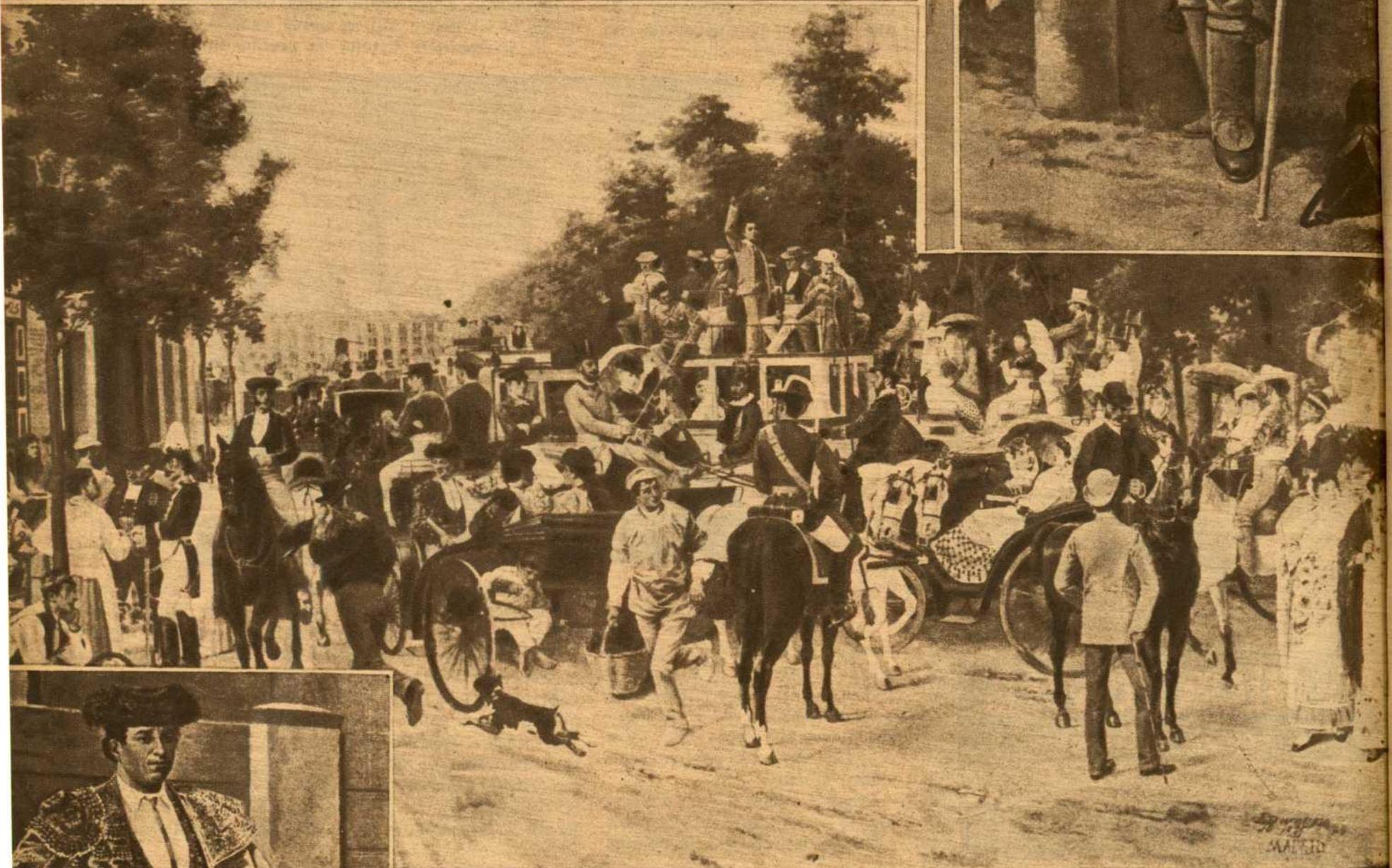
MADRID. Año 1885. Finaliza el mes de septiembre y ya se deja sentir la placidez encantadora del otoño, cuando Enrique Rumoroso Valdés da las últimas pinceladas a su famoso cuadro «¡A los toros!». El Madrid alegre y confiado, ingenuo y bonachón, dicharachero y pronto a todo divertimento, escribe las páginas finales de la historia inquieta, interesante y agitada de un siglo tan feliz y desafortunado a un mismo tiempo.

La gente vive su vida, un tanto ajena a los grandes y trascendentales acontecimientos o sucesos políticos. Prospera el «esprit élégant» en los salones aristocráticos, en los que triunfan el «riodón» y los «lanceros», mientras en las reuniones caseras de la clase media hace furor en el piano el célebre «Vals de las olas», que deja paso a las primeras notas que recogen el éxito reciente en los escenarios madrileños de «La tempestad», de Chapí.

Se ha puesto de moda el Gran Teatro, el chocolate o los helados en la botillería de Pombo, el café en el Suizo y los paseos por el Salón del Prado y los jardines del Buen Retiro.

La vida alegre y bullanguera del Madrid noctámbulo se refleja en los grandes espejos de Fornos, iluminados por los azuleños mecheros de gas. Debuta Loreto Prado en el teatro Felipe, cuyas huérfanas acaudilla Ducascal; en el circo Colón, de la plaza de Santa Bárbara, triunfa a diario la bella Geraldine; hay cola para entrar en el Alhambra y el Variedades, de la calle de la Magdalena, donde se aplaude a Vallés y Luján. Funciones cortas en Apolo, el Imperial y el Príncipe Alfonso. Se lee «El Globo», «La Correspondencia de España» y «El Imparcial», y es de buen tono el suscribirse a «La Ilustración Española y Americana».

Enrique Rumoroso, que ha nacido en la encantadora y alegre ciudad de Cádiz, allí donde el sol parece uno y exclusivo para ella, acaba de regresar de Francia. Aún traen sus ojos la visión encantadora del Montmartre parisino impregnado de la bohemia fascinante de Murger, cuando empieza a pintar, con más ahínco que nunca, dos cuadros que por sí solos han de darle notoriedad y fama: «La feria de Sevilla en 1883» y «¡A los toros!», de que ya nos hemos refe-



«Picador antes de la corrida», «¡A los toros...!» y «Torero», tres magníficos lienzos de la colección taurina de Enrique Rumoroso Valdés

rido antes. París y Roma son la meta de los artistas, y Rumoroso, seducido por el ambiente mundano y cosmopolita de la luminosa ciudad de los Dumas y Balzac, de Lamartine y Musset, que han dejado su huella romántica impercedera en la atmósfera parisina, alterna sus paseos nostálgicos por las orillas del Sena, donde ya abundan los «marchantes» y vendedores de cuadros, con el ejercicio de la pintura, de cuyo arte se encuentra enamorado.

Desde el ventanal de la alcoba que le sirve de estudio, sus ojos contemplan Notre-Dame; pero hay momentos en que intenta empujarse sobre sus tacones para ver si tras las agujas de las torres de la vieja catedral puede divisar el sol de España, que tan arraigadamente lleva en su corazón y en su recuerdo. Cuando regresa a Madrid y Andalucía, le sorprende de nuevo la luminosidad de su tierra, y es entonces cuando concibe y crea los dos grandes cuadros de que hemos hablado.

Le seduce y halaga el costumbrismo, y como es un gran observador, recoge en sus obras todo ese abigarrado conjunto de la calle. Toda la obra pictórica de Enrique Rumoroso seduce y encanta. Porque el artista, no sólo trató de per-

feccionarse en su técnica, prendida en los encantos de un romanticismo que agonizaba con el siglo, sino que trató de llevar a sus lienzos la vital palpitación de un pueblo. Así, sus cuadros nos parecen documentos vivos de una época que se va perdiendo poco a poco en la niebla espesa del tiempo, que va haciendo invisibles los recuerdos.

Toda una sociedad muy de fin de siglo está representada en su cuadro «¡A los toros!». La dama de alcurnia y la chulapa, el petimetre y el gran señor, el vendedor de naranjas y el gólfido subido a la trasera del landó, el picador y el monacabio, el ganadero de rumbo y el alguacillito, los espadas y el mozo de estoques, el aficionado a los toros que en la «imperial» del «ripel» voca y gesticula llamando eufórico al amigo que va en otro coche; el húsar que presume arrogante frente a su conquista, el de la Escolta; la moza, el tabernero, los curiosos, todo un mundo atrayente y simpático, bullanguero y encantador, que, por el arte de los pinceles de Rumoroso, vuelve a proyectarse, no sin cierta evocadora y emocional nostalgia, en la cámara oscura de nuestro cada día más desvanecido recuerdo.



A QUI tenemos a Ralph E. Forte, este gran periodista internacional que disimula su mirada juvenil tras la pantalla transparente de unas severas gafas. Forte, que dirige en España los servicios informativos de la United Press, no es un periodista americano como esos que salen en las películas de Hollywood; pero con su vida y las incidencias de su carrera sí que podría hacerse una estupenda película de auténtico periodismo. En el año 1929 es cuando Forte se dedicó enteramente a la profesión. Antes, había enviado crónicas, artículos y ensayos críticos a varias publicaciones de los Estados Unidos. Pero en ese año que citamos es cuando entra de redactor en el "Chicago Daily News". Como redactor cinematográfico, para más detalles. De este puesto pasa, al cabo de unos meses, al de redactor de sucesos. Y ahora, fíjense ustedes bien: Chicago, 1929, los "gángsters", la ley seca. Y mister Forte repórter de sucesos. Las bandas que capitanean Al Capone, Bugs Morán y otros bandidos célebres —bueno, tristemente célebres, que es como hay que decir en estos casos— luchan entre sí a balazo limpio para disputarse a los clientes —los propietarios de tabernas y bares clandestinos—, a quienes suministran las bebidas contrabandeadas y falsificadas. La Policía persigue a los pistoleros. El amigo Forte tiene que llevar informaciones a su periódico. Va con los detectives. Oye a menudo el silbido de las balas de los revólveres y la sinfonía seca de las ametralladoras ligeras, que se pueden llevar bajo la gabardina. El es un redactor de sucesos.

En Chicago, con la Ley seca, bajo el imperio de los "gángsters", su misión no es nada fácil; pero el "Chicago Daily News" tiene su información todos los días. El prestigio profesional de Forte sube, sube... Y llega un momento en que lo envían a Europa y llega a Madrid. Estamos en 1931. El sol español cae sobre el asfalto. Un cartel está ante los ojos del corresponsal. Es un cartel de toros. Hay corrida, y Forte, en el tendido, abrirá admirado los ojos al espectáculo para él inédito. ¡Ay, que es corrida de tragedia! Gitanillo de Triana —¡Curro Puya, señor!— sufre la cogida que le ha de ocasionar la muerte.

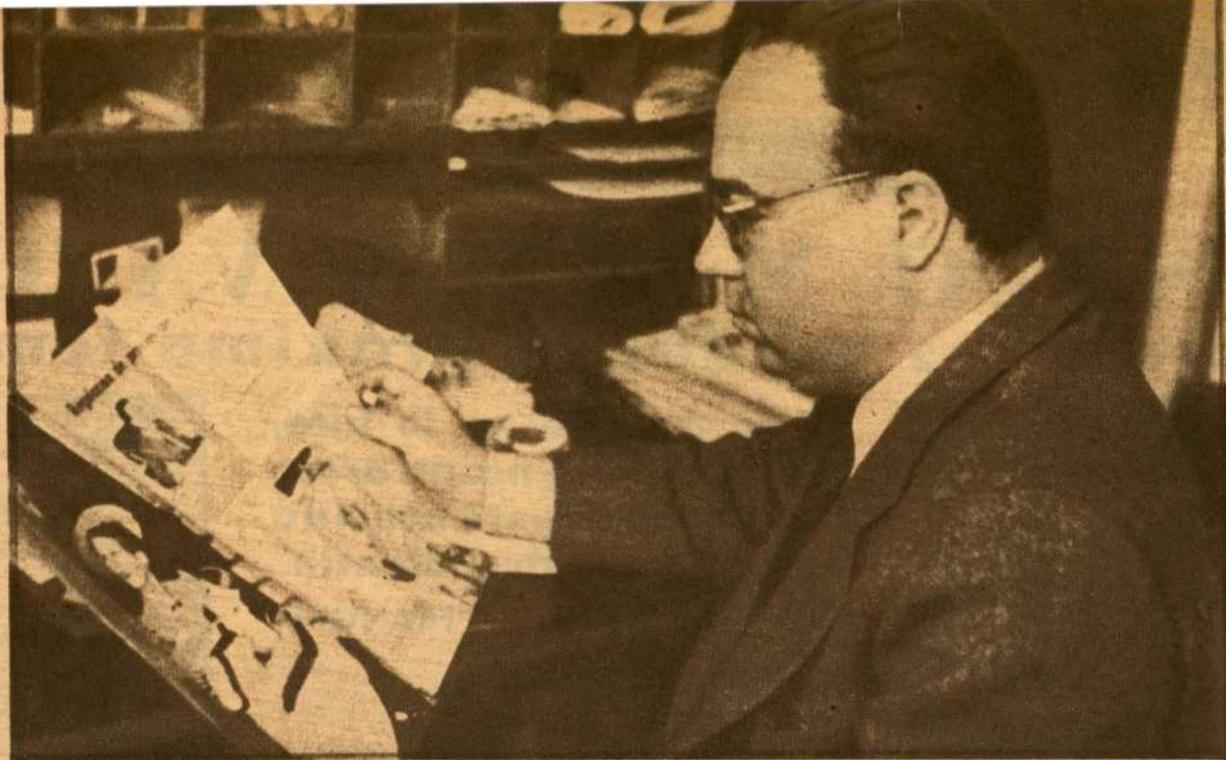
Pero Forte no ha de detenerse mucho tiempo en Madrid. Ha de ir como corresponsal en el Viejo Continente: de la "United". Unas veces está en Roma; otras, en Londres, Budapest, Oslo, Viena, Berlín, Estocolmo, París... Y la guerra, la guerra, que Forte vive intensamente de una ciudad a otra, de un frente a otro. Hasta que en 1942 vuelve a Madrid. Madrid es una de las ciudades que más ama de Europa.

DE ESPECTADOR A AFICIONADO

Y, naturalmente, lo primero que hace a su regreso es ir a ver una corrida de toros. Toreo Pepe Luis Vázquez, y la gracia del torero del barrio de San Bernardo, en una tarde en la que soplan vientos inspirados, eleva su afición hasta el entusiasmo. Le ha impresionado el torero de Pepe Luis y le ha impresionado todo el espectáculo. Y de todo él, desde el punto de vista estético, Forte prefiere las banderillas. En adelante, para él, como un buen par puesto en su sitio, no habrá nada.

He aquí ya un espectador asiduo. Al principio, la suerte de varas no le agrada y aun hoy sigue siendo lo que menos le gusta de la fiesta. Pero nuestro amigo norteamericano, después de presenciar muchas corridas, todas las que le permite su trabajo intenso, ha sacado la conclusión de que este tercio es necesario para la buena —por más que en muchos casos sea la mala— lidia del toro.

Incluso Forte, curioso de ambientes taurinos, hace amistad con toreros: Ortega, Albalcín, Manolete, Antonio Bienvenida, Juanito Belmonte, Cagancho... A estas fechas, conoce todas las Plazas de España y puede habernos de la solera de la de Sevilla, de la dificultad para los diestros de la de Madrid, de la generosidad de los públicos de Bilbao y Barcelona...



Mister Forte, el periodista americano, director de la United Press en España, trabajando en su despacho

ROSTROS EXTRANJEROS EN EL TENDIDO

MISTER FORTE PRESIDIO UNA CORRIDA EN BILBAO, Y EN SEVILLA DIO DOS LANCES A UNA BECERRA Y REALIZO UNA PROEZA CON EL TORO TÓRTOLO

LA PROEZA CON TORTOLO

Si queremos averiguar sus preferencias, nos dirá francamente que es apasionado del arte de Manolete, pero que quizá el torero de Ortega tenga más calidad humana. Forte piensa que Ortega, al torear, da más sensación de peligro y que con Manolete el torero parece más fácil.

No se preocupa demasiado de los tamaños, aunque está en contra del becerro. Se decide por el toro noble y rápido, con el que se puede lucir el diestro. Y es un espectador como hay que ser: fuma puro, aplaude.

Ralph E. Forte, el periodista internacional, en la terraza de su casa.



Su afición se ha metido y se mete frecuentemente en su profesión. Forte ha enviado muchas crónicas taurinas con destino a periódicos de Méjico, Lima, Caracas... En ellas ha explicado, entre otras muchas cosas, lo que considera más difícil, lo que él llama "el último acto", es decir, la suerte de matar.

Si ahora le preguntamos en qué diestros de los nuevos ve una figura de primera fila en un futuro próximo, el nombre elegido será el de Julián Marín. A Forte le interesa mucho este matador navarro. Hasta el punto de que, aun no hace dos meses, aguardó con un hermano del diestro, en Tudela, en un café, a que Julián telefonara desde Barcelona el resultado de la corrida.

¿Y qué opinan en Norteamérica de las corridas? Forte dice que como sólo las conocen a través de algunas reseñas, más o menos aceptables, y por fotografías, no acaban de entenderlas. Eso de que siempre muera el toro y que, en cambio, su enemigo natural sólo sufra una cogida de tarde en tarde... Además, están en contra del picador, a quien suponen —y en esto sí que tienen razón!— en complicidad asesina con el torero...

MISTER FORTE, PRESIDENTE

En cuanto a lo mejor que podemos decir sobre la categoría de aficionado de mister Forte, es que durante la Semana Grande de Bilbao, del último verano, presidió una corrida de ocho toros, por gentileza del alcalde. ¿Y saben ustedes lo que hizo? Pues discutir con el asesor, que era demasiado benévolo, Luis Miguel Dominguín llevó a cabo una faena muy valiente, y Forte le concedió las dos orejas. Sin embargo, el asesor quería que le concediese el rabo, y el público también lo pedía. Forte no estaba dispuesto a concederlo; pero empezaron a decirle esas cosas que dice el público en estos casos, y tuvo que acceder; pero únicamente para no enfrentarse con la opinión. Por eso, sin duda, dice que el público de Bilbao es muy generoso.

Norteamérica es el país de los deportes. No hay espectáculo que despierte tanto entusiasmo. Mas a mister Forte, norteamericano, le gustan más los toros. Por encima de cualquier otra fiesta. Dejémosle terminar a él, aunque él es quien ha hablado por los puntos de la pluma nuestra:

—Es el espectáculo más completo que he visto. Los preparativos, la luz, el colorido. Después, tiene la emoción no superada en ningún otro espectáculo. Arte y peligro. Triunfo y muerte. Los dos extremos de la vida. No, no hay nada de tanta impresionante y emocionante belleza...

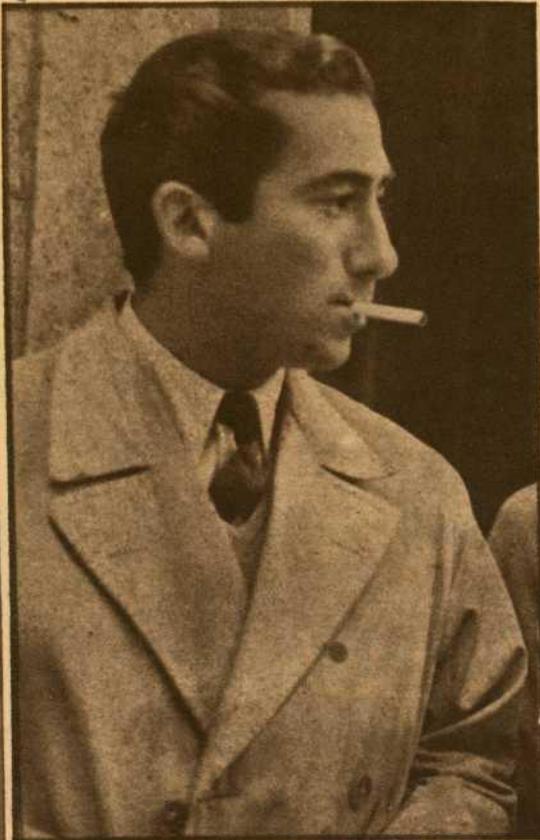
RICARDO ARMENTALES

grita y hasta le chilla al presidente cuando cree tener razón.

Por supuesto, la afición de Ralph E. Forte le tenía que conducir, inevitablemente, a querer pasar de la actitud contemplativa a la activa. Así, en Antequera le dió dos lances a una vaquilla de Domecq, y el año pasado, en la Feria de Sevilla, aunque, según confesión propia, pasando algo de miedo, realizó una proeza. Fué con un toro que habían de lidiar en la tarde siguiente. El ganadero le dió que Tórtolo —así se llamaba el cornúpeto— era tan noble que se le podía ofrecer comida en la mano. Y así lo hizo el periodista. El mayoral llamó a Tórtolo, y Forte salió del burladero. El toro se acercó, y nuestro mister le dió un puñado de alfalfa. Sacaron fotos del acto. Pero por si no fuera bastante, allí estaban, por si han de servir de testigos, don Antonio Camacho, de Morón; don Rafael Ibarra, don Eduardo Marturet, que era entonces primer secretario de la Legación de Venezuela en Madrid, y el abogado sevillano don Diego Valencia. En la corrida del día siguiente, Tórtolo mató un caballo y tomó seis varas.

EN SU PAIS NO ENTIENDEN...

MANOLO MARTIN VAZQUEZ volverá a los ruedos la próxima temporada



Manolo Martín Vázquez en su charla para EL RUEDO

MANOLO Martín Vázquez tenía un rostro moreno, de gitano, un talle fino y una gracia sevillana que era alegría y fantasía en el torero. Porque Manolo Martín Vázquez era, en presencia, esencia y potencia, un gran torero.

Mucho se habló de Manolo. Eran los días, no muy lejanos, de sus triunfos. Cuando todos hablaban de Manolo Martín Vázquez, del torero sevillano de rostro moreno y fino de talle.

Pero Martín Vázquez, temporada a temporada, su fama la estaba cincelando con sangre. Los toros le castigaban duramente.

Una cornada grandé. Y otras...

Y Manolo Martín Vázquez, cuando creía alcanzar la meta de los elegidos, caía. Sin doblegarse al dolor, él seguía con paso firme el camino que tenía señalado. Marchaba con prisas buscando el éxito. Y siempre lo buscaba. Pero al precio de su sangre.

La última vez que cayó fué en la feria valenciana. Una cornada en la pierna, de treinta centímetros de profundidad, que causaba grandes destrozos.

Entonces, Manolo Martín Vázquez conoció el olvido. Muchas veces nosotros nos hemos preguntado qué sería del mozo sevillano que tantas veces vimos triunfar. Y

"Si la pasada no lo hice, fué por no encontrarme totalmente restablecido de mi cogida de Valencia"

Por C. ERNESTO FRANQUET

que tan caro iba pagando sus sueños de triunfador. De llegar ¿Por qué no volvía a los toros Manolo Martín Vázquez? El vizconde de Garci-Grande, señor y ganadero, buen amigo del torero sevillano, me llevó a él.

—¿No sabe usted que Manolo Martín Vázquez está en Madrid? —No lo sabía.

—Pues venga usted conmigo y hablará con él. Acompañé al señor Garci-Grande. Y unos minutos más tarde estaba sentado frente a Martín Vázquez, en el mismo centro de una tertulia taurina de la calle de Echegaray.

Acompañaban al diestro sevillano don Rogelio Ochoa y los banderilleros Villalón y Joaquinito. Se hablaba de toros.

Retirámonos —Martín Vázquez y el periodista— nuestras butacas e improvisamos esta pequeña charla.

—¿Usted, Martín Vázquez, cómo no toreó esta temporada? —le pregunté.

El mozo sevillano suspiró.

—Por respeto.

—¿Por respeto a quién? —aclaré un poco sorprendido.

—Yo no he toreado esta temporada —afirmó— por respeto al aficionado y al público. Esto no quiere decir que no podía haber toreado. Y sin embargo, he preferido no hacerlo.

—¿Por algún motivo especial?

—Ya recordará —empezó diciéndome— mi última cogida de Valencia. Fué muy grave. Dos meses me tuvo en la cama y tres meses tardó en cicatrizar la herida. Muchos meses para empezar así de pronto. Además la pierna no me quedó muy bien. Me resentía constantemente de ella, al menor esfuerzo.

Y fué entonces cuando empecé a rechazar los contratos que me ofrecían. Yo no podía actuar en los ruedos porque no me encontraba bien. Y no me interesaba vestirme de lúces para no cumplir. Al aficionado y al público no le interesa saber que mis facultades estaban mermadas por la cogida de Valencia.

Tenían un derecho a exigir y yo una obligación de darlo todo. Y para no verme en un difícil trance moral, créame que con verdadera pena fui dejando escapar uno a uno los contratos que me ofrecían. Hoy tengo la satisfacción moral de saber que he cumplido correctamente.

—Es que a todos sorprendía su silencio.

—Este interés del aficionado, que más de una vez llegó a mí, me colmó cumplidamente en esta etapa, en la que voluntariamente estuve alejado de los ruedos.

—Y no encontrándose bien, ¿cómo toreó dos corridas en Portugal?

—Porque tenía contratada una corrida con la empresa lusitana y, por razones de amistad, no pude negarme. Triunfé en esta corrida. Y para la segunda, tampoco pude negarme. Han sido mis dos únicas actuaciones, esta temporada.

—Y ahora, ¿se encuentra ya bien?

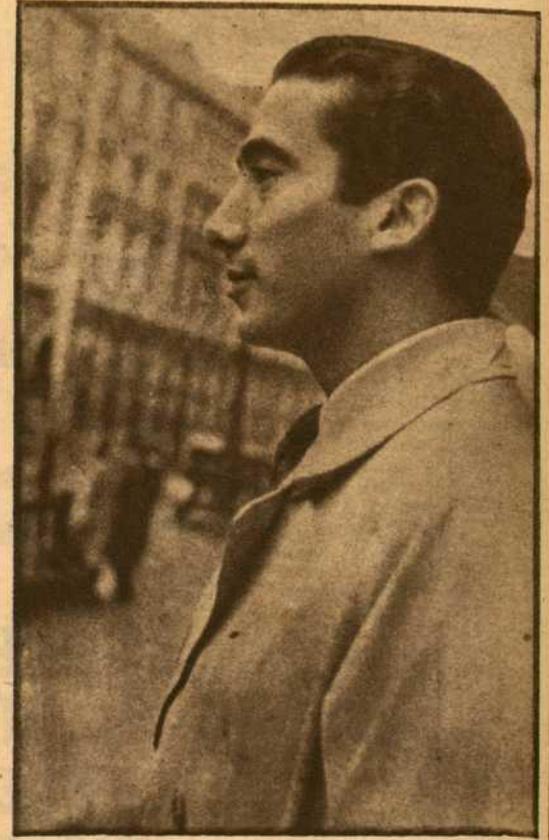
—Felizmente, ya estoy bien. Este invierno me entrenaré y la temporada que viene estaremos de nuevo en la brecha para recuperar el puesto que perdí en Valencia.

—¿Con más afición que nunca?

—Tiene usted razón. ¡Con más afición que nunca!

—¿Proyectos?

—Mejor que proyectos, ambiciones. Yo ambiciono mis triunfos y no estoy dispuesto a dejarlos escapar sin luchar antes. Y lle, ar...



Nuestro fotógrafo sorprende al diestro sevillano paseando por las calles madrileñas

—¿Llevar?

—Al puesto que llegaron otros.

—¿Tiene pensado dónde reaparecerá?

—Sí; en Barcelona, alternando con mis dos hermanos Pepín y Rafael. Yo le daré la alternativa a Rafael y Pepín será el testigo en ese día feliz.

Manolo Martín Vázquez me habló luego de sus ilusiones. De sus esperanzas. Ilusiones y esperanzas de un mozo de veinticinco años. Sueños juveniles que no pueden quebrar ni el dolor ni la adversidad.

Caer, a los veinticinco años, no tiene importancia. Y levantarse con impetu y afaes renovados, es la fuerza de esta juventud que siempre está dispuesta a buscar el triunfo, aunque sea pagándolo con el precio de su sangre.

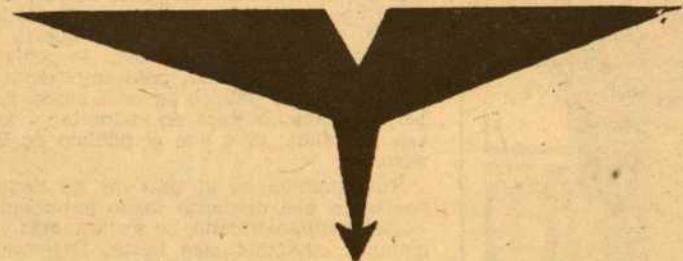
Como son las ambiciones de Manolo Martín Vázquez, al que las cornadas no han podido arrebatarse sus sueños de gloria.

Cuando se tienen sus años mozos, todo se puede alcanzar. Y Manolo Martín Vázquez alcanzará ese puesto de los elegidos.

—Ya lo verá usted...

Pero antes de hacerme esta afirmación Manolo Martín Vázquez, yo creía en él. Había ido creyendo...

ACEYTE YNGLES



PARASITO QUE TOCA... ¡MUERTO ES!

C. S. 150



Manolo Martín Vázquez charlando con sus amigos, entre los que vemos al gran peón Joaquinito (Fots. Manzano)

ANTONIO GARCIA, MARAVILLA, no ha toreado este año

PIENSA SEGUIR ACTUANDO SIEMPRE. QUE ENCUENTRE FACILIDADES PARA ELLO

"ANTES, LOS TOROS DABAN CORNADAS; HOY ROMPEN LOS TRAJES"—DICE EL TORERO MADRILEÑO

Por JOSE CARRASCO



Antonio Garcia, Maravilla, en sus tiempos de novillero

DE la escuela taurina del Dos de Mayo salió Antonio Garcia, Maravilla. Una plaza sin tendidos, dispuesta de burladeros, y por fondo, un monumento a los héroes. En esa plaza cuadrada, sin espectadores, comenzó la formación taurina del diestro madrileño que cogió como nombre taurino el del barón castizo y alegre de Maravilla. Allí se hizo torero, como tantos otros que no brillaron a su altura. Él tenía condiciones, era más artista. Se retiró con ser torero... Lo logró, y ahora sigue hablando de toros, y la afición tan dentro, que nunca se retirará.

Maravilla. Como el apodo, deslumbró muchas tardes con la alegría de su arte, con la figura de unos lances suaves, quietos en la arena, cuando esta suerte tan ensalzada ahora, la combatían los "toreros de verdad". Ni en el tendido ni entre los que estaban ya en la cumbre del escalafón taurino tenía buena acogida.

¡Aquí hay torero..., y muy fino!
Este era el mejor comentario a lo que Maravilla dejó entrever en sus actuaciones de la Plaza de la carretera de Aragón.

El tiempo vino a darle la razón. Traía una forma de torear, y con ella hoy nos deslumbró. Aquel muchachito, joven, todavía niño, que lo veíamos de becerrista por el año 1925, está actualmente píctórico de afición, cargado de ilusiones, pero reales. Maravilla, un caso de los muchos que aun dan realce a la fiesta, lleva más de veinte años de torero. Becerrista, novillero y matador de toros. Nació para el toreo, y a los treinta y cuatro años no ha pensado en la retirada.

Un rumor. Pero no pasó de eso. Se descansa cuando se puede vivir sin tener que abogarse a lo que quieren darle. Incluso permitirse desechar contratos ventajosísimos, que para otros hubieran sido su felicidad. Pero Maravilla, cargado de razones, no comprende así el toreo.

Lo vivió con rumbo, cargado de es-

plendor, cuando un torero era admirado y su presencia adquiría verdadera expectación. Hoy no es aquello, y Maravilla espera momentos más propicios para actuar por los ruedos.

...

Antonio Garcia, Maravilla, ha estado apartado de la fiesta como figura integrante de ella. Y así lo hemos visto todas las tardes en su asiento de tendido, observando. Luchando constantemente con esa afición que vive dentro de él. Imposible de desterrar.

Y Maravilla, que no ha toreado una sola corrida ni cogió el capote desde la temporada anterior, habla de toros. Pero lo hace en distinto modo que los de ahora. Una visión completamente dispar, como quien conoce el toro y está en los secretos de la fiesta.

—Nada de retiradas. Nunca la abandonaré, porque la afición me lo impediría. Esto pienso hoy... y mañana. No variaré, porque quiero seguir toreado.



Hoy, en los momentos libres, con su hijo mayor, examina fotografías de sus actuaciones

—¿Se decía que no volvería?

—Puede resultar cierto. Yo entiendo que la fiesta es muy seria. Y no puede salirse para hacer el ridículo. Seguiré toreado..., pero si encuentro las facilidades que tienen las figuras. De lo contrario, me mantendré al margen y siempre a la espera.

Maravilla piensa con la realidad de las cosas. Quien ha sido tanto no puede pasar su nombre desprestigiándolo. El madrileño, con sus treinta y cuatro años y veintitantos de profesión, se siente aún con artistas.

—La lucha de antes era feroz. Por una parte, el toro, que hoy ha desaparecido por completo. Cuando cogían antes daban cornadas...; hoy, si acaso, rompen el traje, en la mayoría de los pincazos. Me alegro que así ocurra, por más compañeros; pero la exposición ha desaparecido en un gran porcentaje.

—¿Y sobre el toreo moderno?

—Fui de los primeros en practicarlos como gusta hoy. Sin cargar la suerte, como yo comencé al aparecer por los ruedos. Ya se hacía antes del año 1936. No es nuevo... Pero por aquellos años no sopontaban lo que vuelve loco a los aficionados de ahora. Muchas figuras, exceso de número; pero poco que pueda influir en el realce de la fiesta. Opino que se va perdiendo mucho...

—¿Antes se exponía mucho más que en la actualidad?

—Todo depende del toro. Cuando el peso ha quedado reducido a la mitad, las cornadas son menos peligrosas. Yo tengo fama de torero medipso... y fui cogido catorce veces. Ahora pasan las temporadas sin saber lo que es un pínchazo.

Maravilla habla incansablemente de lo que en él es preciso para vivir. Sin esta lucha no tendrían alicientes los días... Por tanto, está en completa actividad. Y con el trabajo ha encontrado ese bienestar para su familia al margen de los toros.

—Yo entiendo que no debe mendigarse ni aceptar corridas que perjudican y no dan dinero. Ese ha sido el motivo de que no toreade esta temporada. Tuve proposiciones, una de ellas en Madrid. Ahora, que de no ser en igualdad de condiciones, continuaré "parado"... como torero. Y en lugar de esperar en el café, procuro trabajar en el negocio montado.

—¿Triunfos resonantes?

—Muchos. Siento ilusión y no puedo olvidarlos..., que, en realidad, es lo que queda. Pero el principal, la inauguración de la Plaza de Madrid, en la corrida de las Misses Simao da Veiga, Villalta, El Estudiante y yo compusimos el cartel. A los dos toros de Albaserrada les corté las orejas y los rabos. La despedida de novillero en Dax, el 6 de agosto de 1932, matando seis mirras... y la alternatiba, que me dió Marcial Lalanda. Todo es gratísimo para mí.

...

Maravilla, que sumó ochenta y dos novilladas en 1932, no se retira. Se mantendrá siempre activo; pero toreadá cuando se le iguale a las figuras. El madrileño espera..., y si no, a reposar definitivamente. Con el sueño de tardes apoteósicas. La fiesta era romanticismo y se derrochaban las ganancias.

—Eso era el toreo de antes. Rumbo, alegre—decía Maravilla.



Maravilla, en la actualidad (Fotos Manzano)

MAS SOBRE LA PRIMERA PLAZA

Por EL CACHETERO



SIGUEN las discrepancias contra el cronista. Parece que se produjeron con unanimidad en la periferia de los ruedos taurinos, al mismo tiempo y con parecido aire de orgullo vejado. Lo que ocurre es que uno se va enterando paulatinamente de ellas, según van llegando, más o menos casualmente, a su poder los papeles en que se contienen. Ayer era Recorte desde un semanario valenciano, a quien ya se contestó de refilón; hoy llega la de una especie de tocayo, Puntillero, del semanario barcelonés *Destino*, a quien, por leer siempre con agrado, uno hubiera creído más escéptico y, sobre todo, menos susceptible a unas apreciaciones harto genéricas, tristes, y ciertas también, del rumbo provinciano que va tomando la fiesta de los toros. Rumbo provinciano, más que por desarrollarse en provincias, por ajustarse al canon de facilidad y relumbrón que es el que en todo tiempo ha distinguido al llamado "toreo pueblerino", o sea, al toreo de fraude, desarróllese en donde se desarrolle.

La facilidad, desahogo y relumbrón se están logrando hoy a costa de torear con mucho arte o con discutible arte, con mucha o poca emoción (?) y con mejor o peor maestría, novillejos sin fuerza, peso ni edad, y destrozados a puyazos, como antes se lograban a fuerza de rodillazos y toreo por la cara.

Rumbo provinciano, porque para que el fraude sea más fácil se evita la presencia en la Plaza de Madrid. Madrid sólo me interesa en su aspecto de capital taurina, y confieso que más me gustaría que la capital estuviese en Ronda, por ejemplo. Pero si aquella Plaza era la difícil y la rehuída,

me encantaría llamar pueblerinos a los madrileños, si eran ellos cómplices del fraude. Porque aquí lo que intenta defenderse es el toreo, y no las localidades taurinas ni sus honrillas, sorprendentemente defendidas en un semanario como *Destino*, tan mesurado y tan culto en todas sus manifestaciones, y por ese su comentarista taurino, al que seguimos admirando, pese a sus lancetazos despistados, por lo que siempre nos parece de atinado y afín a lo que uno pretende defender en definitiva.

Lo curioso es que la tradición taurina era una maravilla de justeza en la materia cuando regía en su conjunto. El calendario taurino tradicional era tan revelador, que a fines de temporada la verdadera importancia de un diestro se medía por su asistencia a las citas taurinas con una precisión de asombro. En ese calendario existían localidades y fechas que, miradas por un sueco arribado a Hendaya, podrían parecer idénticas; pero a cualquier mínimo aficionado no se le escapaba una clasificación rigurosa de orden e importancia. No se ignoraba lo que valía el abono de Madrid, ni las cinco o seis ferias importantes, ni el segundo abono en la nevadura de la temporada total. Se sabía lo que daba de sí cada localidad, cada feria, con una reacción tan afinada como la de un laboratorio. Barcelona tenía su sitio, el de la variedad, la abundancia e incluso la novedad y el descubrimiento. Valencia tenía el suyo, y Zaragoza el de más allá. Y San Sebastián, y Linares, y así hasta el final de la serie. La figura, o las figuras, comparecían en los sitios importantes por una exigencia de prestigio, no tan quijotesca como interesada; y esto logrado, se redondeaban en la facilidad. Pero la cabecera de todo era la Plaza de Madrid, y bien le ha ido al toreo con esa presidencia, desde Pepe-Ilo a Belmonte. O hasta Ortega, si se quiere.

De la etapa de anarquía actual no hay positivo en el toreo sino su fantástica carrera de precios. El resto es negativo y demoleedor. No va a dejar nada para una historia del toreo que se escriba con exigencia.

Si se mira bien, se verá lastimosamente que la tendencia ha limitado el vuelo taurino al mismo Manolete, clavado ahí al borde de la Plaza, mirado desde fuera y desde dentro,

entre un espantoso guirigay, a punto de volverse loco —y multimillonario—, porque ya no sabe la gente si torea bien o mal. Porque un día se le ve una gran cosa y a su lado un becerro. Y unos aplauden, y otros chillan, y nadie se entiende, y todos tienen razón. Y así con todos los que interesan al punto máximo.

Todo esto es anarquía en todas las Plazas. Anarquía que caería por tierra en cuanto se restableciese el orden tradicional de los toros.

El calendario taurino clásico, que incluía las pruebas necesarias para quien las superase, quedaba claro para Madrid y para el último pueblo con Plaza de Toros.

Y este calendario descansaba sobre Madrid, primera Plaza, y a todos convenía. Porque el sistema actual creo que a lo único que lleva es a que en Barcelona, ponga por caso, vean a los ases frente a unos novillos y a unos precios que no verían ni sentirían si entre todos se intentase restablecer el prestigio de Madrid.

Creo que ni en Barcelona ni en Valencia amargaría ver a Manolete ni a Arruza frente a toros de veintiocho arrobas y a mitad de precio.

Y conociendo todos de una vez, sin discrepancias, los límites —que yo deseo máximos— de sus personalidades toreras, que hoy, salvo para el resultado de hacer millones, están en el aire de la discusión y de la negación.

Y quien dice en esas Plazas, lo dice en cualquiera.

Frente a toros de respeto que contrastasen el arte de las figuras y valorizasen sus faenas, dándoles la prestancia del ries-

go que hoy parece no existir. Frente a reveses que nos hagan a todos pensar que ha vuelto la fiesta con nuevos bríos.





ESTAMPAS DE OTROS TIEMPOS

LA TRAGEDIA RONDABA...

NADIE, ante la abierta sonrisa que le alegraba la cara, hubiera podido suponer lo que después iba a pasar en el ruedo. Aunque siempre está presente el riesgo —un riesgo de muerte— a fuerza de jugar con él un día tras otro y a fuerza de la gracia admirable de este juego, unos y otros —toreros y espectadores— van olvidando lo que anda entre los pitones de la fiara. Nadie quiere acordarse de esa muerte que todos los días hace el paseillo, entre los oros de los lidiadores, y se apoya en el burladero en espera de su momento.

Aquí está la fotografía de aquel cartel que momentos después, cuando ya había abierto el abanico del paseillo a los acordes jaraneros de un pasodoble, y aquietado los matadores sus nervios en el temple de las verónicas, había de dar a la Fiesta una de las tardes de luto más sentidas.

Y sin embargo, quién lo había de suponer. Viendo a Granero con ese aire de seguridad, bien quieta y sentada la planta, en estos momentos preliminares de la corrida, no se podía pensar más que en la gracia exquisita de su arte. A ninguno se le podía ocurrir otra cosa que no fuera un comentario sobre su gesto decidido, sobre el «parece que trae ganas, hoy, el valenciano», al mismo tiempo que se frotase las manos en un anticipo del regodeo que esperaba.

Aparece el valenciano con un aire de confianza superior a la de sus compañeros. Hay en esa ancha sonrisa una plena seguridad en su arte y no se ve sombra de incertidumbre, de duda, que vele su tranquila mirada.

Y, sin embargo, ya estaba Pocapena en los corrales con la muerte en sus finos pitones. Ya estaba el toro asesino preparado para la muerte del torero. Su cuerno afilado empezó a crecer y fué haciéndose grande para llevarse la

vida de Manolo Granero, para segarla en el ápice de su gloria, en aquel momento que el arte del violinista llenaba con su pletórica riqueza.

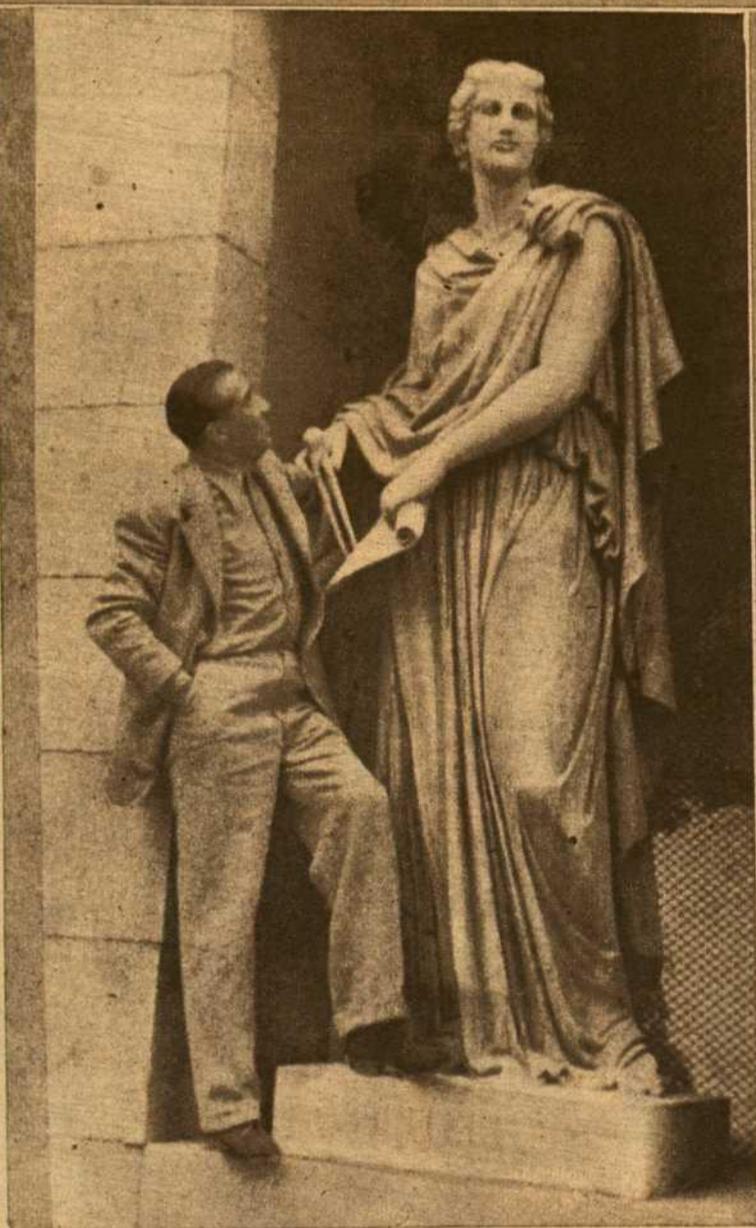
Y cuanto más se mira la fotografía, menos se puede barruntar la tragedia; menos se puede pensar en ella y más difícil se hace el darla como cierta. Es imposible darla cabida en la euforia que refleja ese rostro, ni pensar que ella, oscura en su enlutamiento, puede andar por este aire limpio y rebosante de sol, esperando cautamente su momento.

Pero no hay más remedio que darlo por cierto. Ya son muchos años los que a fuerza de repetírnoslo, nos han acostumbrado a la certeza de su muerte.



CARNICERITO de MEJICO se presentó en Madrid con una novillada que dió veinticinco arrobas

Se queda este invierno en España porque ha firmado un compromiso en Francia para veinte corridas

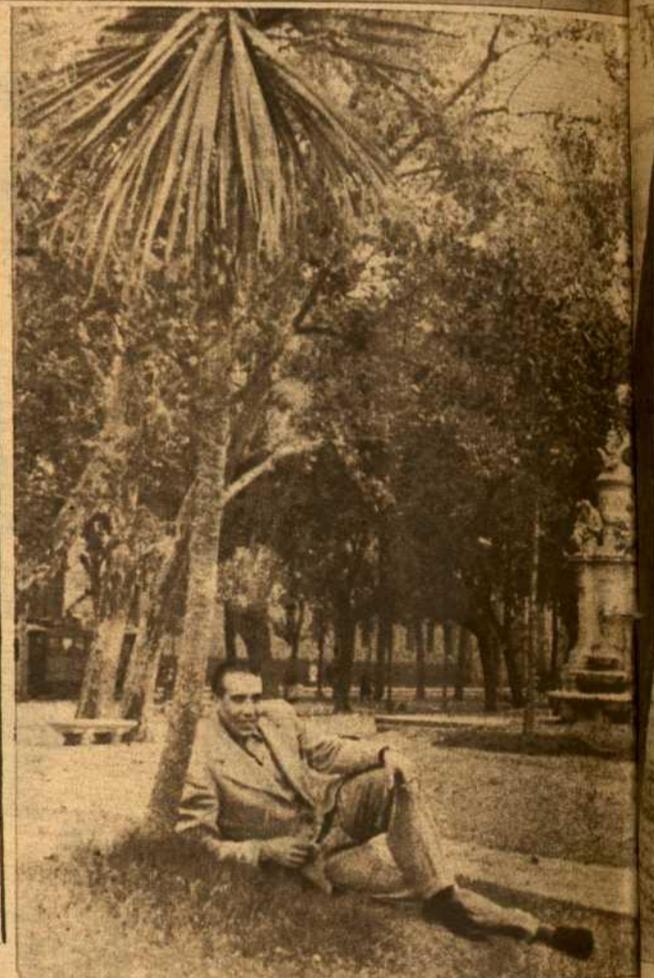


Carnicerito se queda este invierno entre nosotros. Gran amante de Madrid, gusta de visitar sus monumentos

glar el pleito que tenía separado el toreo español del mejicano. Y tanto fué y vino, y tanto interés puso en el empeño, que al fin pudo salirse con la suya. Los toreros mejicanos volvieron a los ruedos de España, y como siempre, encontraron a la afición abierta de par en par, predispuesta a su favor y empeñada en ofrecerles toda clase de facilidades.

Por eso, Carnicerito ha podido conseguir una de sus mayores ansias. Volver a España, no a reverdecer laureles —esas son sus propias palabras—, sino a reverdecer viejas amistades, que el mejicano dejó a su marcha. Y el 6 de mayo de este año salía en la Plaza de Barcelona, dispuesto a todo, como siempre, y —sino fatal el suyo— un toro le infirió la cornada que marca el zurcido número treinta y tres en su cuerpo.

Hoy le hemos visto, cuando pensábamos que ya andaría cerca de algún puerto camino de su tierra. Nos ha extrañado su



Parece querer recordar en esta foto Carnicerito la latitudes de su tierra

Es más que conocido el nombre de Carnicerito de Méjico en los ruedos españoles, para que hagamos nosotros ahora su elogio. Su valor, verdaderamente extraordinario y trágicamente sereno, ha dejado su huella sangrienta por la arena de las Plazas de España y ha quedado perenne en la imaginación del aficionado.

Hacia años que no andaba entre nosotros, que no abría su capa ni clavaba sus banderillas, ni se echaba el toro por delante del pecho, rozándose los alamares con la punta de los pitones, en un ceñido y más, que lento, alargado pase de pecho.

Pero aunque no profesionalmente, él anduvo con nosotros ya por el año 1939. Le tiraba esta tierra que se le abrió de par en par cuando en busca de gloria pisó en ella por vez primera. Cuando novillero empujaba furioso, a fuerza de corazón, para abrir paso a un nombre que figurara entre los buenos de una época que había muchos insuperables. El quería volver otra vez a echar su paso adelante, a los acordes de un pasodoble, entre toreros de acá. Saludar otra vez a la afición que le empujó desde Tetuán a la Plaza vieja y abrazarlos a todos en la primera vuelta al ruedo. Por eso andaba desde aquella fecha, todos los años rondando por estas latitudes. El quería arre-



El torero mejicano, tan querido del público de España, durante el reportaje gráfico que le hizo nuestro fotógrafo Manzano

presencia aún entre nosotros, pero él nos la aclara:

—No me he ido, ni me voy.

Con ello doy gusto a mi cuerpo, que ansía quedarse entre ustedes, y puedo cumplir mis compromisos con las Empresas francesas. He sido contratado para veinte corridas en la vecina nación, como consecuencia de mi actuación en la Plaza de Nimes, alternando con Morenito de Valencia y Paco Bernal, el día 7 de octubre.

Pensamos entonces que el azar nos acaba de ofrecer una conversación interesante. Que Carnicerito, que anduvo antes entre nosotros, puede contarnos cosas que importen al aficionado. Y bendiciendo a la suerte que nos le puso en nuestro camino, continuamos la charla que con tan buenos auspicios había empezado.

—¿Cuántas corridas ha toreado usted esta temporada?

—Trece. Los percances sufridos —cuatro, dos de ellos muy graves— me han impedido redondear la cifra. Fui cogido gravemente el día de mi reaparición en Barcelona, y a los cuatro meses volvía a pagar, en el mismo ruedo, mi segundo tributo de

Sin embargo, opina —él, que tiene treinta y cuatro cornadas— que lo mismo cogen los toros pequeños que los grandes

"No importa la edad en las reses, y no creo que éstas aprendan nada al ser toreadas", dice el mejicano



El perfil del mejicano se recorta sobre el fondo de la iglesia de los Jerónimos

el peligro. Y de eso le puedo hablar yo, que tengo treinta y cuatro cornadas en mi cuerpo. Pero en fin de cuentas, con toro grande o con toro chico, lo que importa es torear mucho, que es lo que le pone a uno en condiciones de andar por los ruedos con soltura.

—¿Entonces lo que importa es la edad de los toros?

—Pues a mí me parece que tampoco. Yo no creo que los toros aprendan. A mí, personalmente, me ha ocurrido el siguiente caso, que demuestra lo que le digo. Toreando en Méjico una tarde, devolvieron un toro al corral después de torearle de capa. A los pocos días me lo soltaron en uno de los Estados y fué un toro de bandera, al que toré a gusto. Si hubiese aprendido, no hubiera podido hacer lo que hice y posiblemente hubiera visitado la enfermería.

—¿Tiene usted contratos para la próxima temporada?



Junto a la estatua de Velázquez, el lidiador mejicano hace un alto para otra foto más (Fots. Manzano)

sangre, también grave, del cual ando aún convaleciente.

Dice esto sonriendo, como si la cosa no le hubiese pasado a él. Como si las cornadas que le pusieron en los umbrales de la otra vida no tuvieran importancia, como si fuesen un pequeño tropezón en el camino emprendido.

—¿Entonces es que los toros pequeños cogen igual que los grandes?

—Mire usted dice el refrán que no hay enemigo pequeño, y todos dan las mismas cornadas, con la ventaja de que el toro grande tiene la espectacularidad de los kilos, y lo que se le hace siempre se tiene más en cuenta.

—¿Cómo encuentra usted la Fiesta después de los años de ausencia?

—Hoy, el público es más benévolo y el toro más chico. La gente tiene más ganas de ir al tendido y el toro ha disminuído bastante de tamaño. Cuando yo me presenté en la Plaza de Madrid, como novillero, el año 30, la novillada sacó un promedio de veinticinco arrobas. Usted verá si eso se da por ahí ahora en las corridas. Aunque, como le digo, yo creo que no importa el tamaño de las reses para



En su recorrido por Madrid, el matador azteca compone su figura para la cámara, en una de las fuentes del paseo del Prado

—No tengo más que tres corridas firmadas con la Empresa de Barcelona. Con Balañá, esa gran persona que tiene abiertas las puertas de su Plaza de par en par para todos. Los mejicanos debiéramos elevarle una estatua, pues este año, de 180 corridas que ha dado, lo menos cien han sido para nosotros.

—Y ahora, ¿hasta reanudar la temporada?

—Por el momento, descansar. Para enero iré a Salamanca, donde tengo amigos.

—Pues suerte, mucha suerte para la próxima temporada.

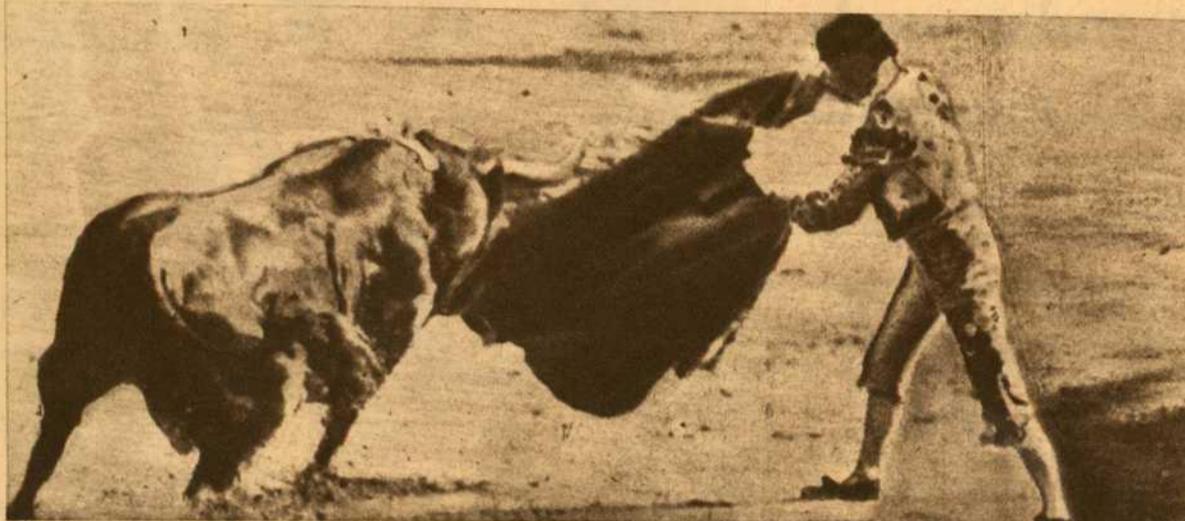
Y dejamos al valiente matador mejicano, que este año, en trece corridas, ha cortado ocho orejas, y que no ha podido torear más porque ha rendido en dos ocasiones su tributo de sangre, cubriendo su cuerpo, lleno de costurones, con dos nuevas cicatrices. La treinta y tres y la treinta y cuatro, buenas señales de ese valor indomable que pone en pie a la gente en el tendido.

La próxima temporada se abre sonriente ante el azteca. Veinte corridas en Francia y tres contratos en Barcelona le aguardan.

Que ellos den motivo de un año de triunfos en nuestra Patria, que bien se los merece este torero, por su valor y simpatía.

CAMBIO DE ESTILO

Hace treinta y seis años, una barrera del 9, en la corrida de Beneficencia, costaba veinticinco pesetas



Ricardo Torres, Bombita, en un capotazo, durante la corrida de Beneficencia celebrada en el año 1909, en Madrid

EL toro grande de ayer y el toro chico de hoy. Los tiempos pasados y los estilos de ahora. La discusión será eterna. El público dice que han cambiado la fiesta entre ganaderos, espadas y apoderados. Tal vez lo más sensato fuera decir que quien ha cambiado es el público, teniendo ahora distintos gustos y preferencias.

Hace años, el mérito sobresaliente de un torero era el ejecutar bien la suerte de matar. Tal vez por considerar que era cierto el refrán de «el torero nace; el matador se hace», y estimar mayor merecimiento lograrlo con el propio esfuerzo que con inspiración ingénita.

A la vista tenemos unas fotografías de la corrida de Beneficencia celebrada en Madrid el mes de mayo de 1909. ¡Cuántas cosas nos dicen esas fotos! En primer lugar, el precio de las localidades. Ahí está el billete en que una barrera de sombra, del tendido 9, costaba 25 pesetas. El público estimaba aquel precio exageradamente caro, y sólo transigía con pagarlo en atención a los fines benéficos de la corrida.

Por esto acudían todos a prestar su apoyo. Empezando por la reina y las más linajudas damas, que enviaban moñas como regalo, hasta los más modestos empleados, que renunciaban al cobro de reducidos honorarios.

Los revisteros de entonces se quejaban del ganado, de Veragua y Santa Coloma, acusándole de poca bravura, porque no tomaban más que un promedio de cinco

varas cada uno. Es decir, los puyazos que bastan ahora en la inmensa mayoría de las corridas, pero no para uno, sino para los seis toros; sobre todo, si de despacharlos están encargados las primeras figuras.

Toreaban esta corrida Bombita, Machaquito y Cocherito de Bilbao. Ricardo no tuvo una buena tarde, ni mucho menos. Toreando de capa, puede ver el lector la fotografía que ofrecemos. Verdad es que hoy parecería un lance deplorable. El año 1909, decían los periódicos que Bombita con el capote toreó superiormente, aunque estuvo más fuerte con la muleta.

Machaquito, en cambio, no estuvo bien con el capote, pero mató dos toros de dos soberbias estocadas, y ello bastó para considerarle el triunfador de la tarde.

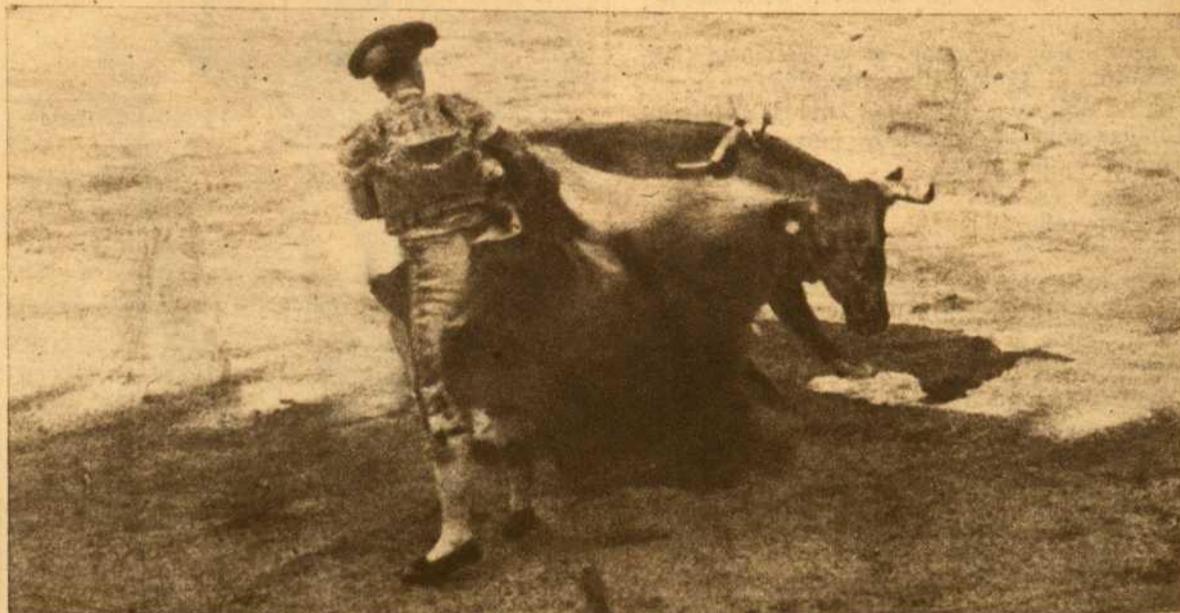
Si la fotografía de Bombita lanceando, entre los aplausos del público, muestra claramente los gustos de aquella afición, ahí está otro lance de capa con que Cocherito remata un quite. Si cualquier torero de ahora lo hiciera así, sería irremisiblemente silbado.

No creemos, pues, que los toreros hayan cambiado de estilo por comodidad o capricho. Es el público quien ha cambiado de gustos, y a ellos se atemperan los lidiadores.

TIBIRISCO



Reproducción de una entrada de barrera del tendido del 9, para la citada corrida



Cocherito de Bilbao, otro de los espadas que tomó parte, rematando un quite

LA MUJER DEL TORERO

Por FEDERICO OLIVER

CONOCEIS a la mujer del torero? ¿La visteis? ¿Cruzasteis el saludo con ella? Si es así, sin duda pertenecéis al círculo estrecho de la intimidad del espada. Y no porque el torero, celoso, guarde a su mujer bajo siete llaves, sino porque la compañera de su vida en peligro es acendradamente hogareña, tan limpia y aseada que lleva su fanatismo por lo escamondado hasta el resplandor de muebles y suelos. Pajarillo en su jaula, divierte sus horas en la cría de otros pajarillos. Riega tiestos de claveles, en abril; de rosas, en mayo; de dondiegos, en julio, y de nardos, en agosto. Zurce con aguja milagrosa los trajes de luces deslumbradores. Borda y respuntea, con guirindolas de nieve, la camisa de calle del marido, que, acicalado como los ángeles, se presenta en público, sin que el público sepa que hay ángeles caseros como duendecillos de amor. Reclusa voluntaria, vive retraída en el capullo del hogar como una crisálida que nunca llega a mariposa. Y así, recatada, vive en la misma discreta clausura de aquella Reina Mora del admirable sainete quinteriano. Mujer de penumbra y misterio para el chismorreo de las comadres y la envidia socarrona de los compadres, consume sus soledades en espera del bendito telegrama del mozo de estoques, que deletrea porque apenas sabe leer, y que dice, poco más o menos: *Sin novedad. Orejas, patas y rabo. Yo bueno.* Un grito de alegría una lágrima y un piadoso espabilar de candelillas ante la imagen de Jesús del Gran Poder ponen su colofón a la nueva venturosa. Y ahora a esperar otros días y otros telegramas con el mismo ritmo de zozobras. No hay reloj que triture las horas y desmentuce los minutos como el corazón de la mujer del torero.

¿La mujer del torero! ¿Dónde hay un halo femenino de fidelidad tan conmovedor como en la auténtica mujer del torero? Cada vuelta del marido es un renuevo intermitente de luna de miel. Y le ama más cuanto más ausente, porque en lo presente el amor gozado anula al tiempo. Y así, con el estímulo de la ausencia dramática, acrece su amor con la incertidumbre.

Le gusta más su marido cuanto más proceloso el tiempo pasa. En cambio él, hombre al fin, llevado en volandas por el éxito y rifado por las mujeres, suele caer en la fragilidad de lo eterno, fácil y femenino, y sin que la imagen de la compañera se borre en la pantalla de lo sobradamente conocido y gustado, la olvida más sin quererla menos. Ella lo sabe y le disculpa y perdona porque tiene alma de Dominica, como en la comedia rural de Benavente.

Esta es la mujer popular del héroe popular, pero, ¡cuidado!, no hay que confundir a la mujer del torero con las mujeres de los toreros. Aquella es demasiado invisible en la penumbra del hogar, y éstas harto visibles en el restallido de luz de la Plaza, cuando retienen en la contrabarrera el capote de paseo o la montera del brindis. Otra mujer de torero salta a los puntos de la pluma: la refinada de sangre azul o la estrella de teatro que casa, por excepción, con el ídolo de moda. En tal caso, antes cabría hablar del "torero de la mujer" que de la mujer del torero. Mas como la moda pasa y se marchita en la luna de miel de lo tosco con lo frívolo, he aquí que el torero —infidel a su clase y a su origen— recibe el premio que merece con la comidilla y es-



La esposa devana las largas horas de la corrida de hinojos en el oratorio, pidiendo por aquel que se está jugando la vida en la alegría de un lance

cándalo de su desdicha de alcoba en el escaparate descarado de su vida espectacular... ¡Así paga el olvido de la chiquilla de barrio, su parigual, que le diera la conversación en los días en que el sol más calienta y el amor balbucea!

De la cantera entrañable del pueblo es la mujer del torero, hijo del pueblo también. Yo quise verla en mis mocedades. Pasé y repasé ante su celosía y sólo advertí el rebrillar azabache de unos ojos... Más tarde, en la madrugada tibia del Viernes Santo sevillano, la presentí velada y descalza detrás del palio de la Virgen de la Macarena. Sus pies, desnudos, abandonaban gotitas como corales en el pavimento, respunteado por la cera vertida; mientras una saeta rayaba el cristal de la aurora...

*¿Dónde vas, paloma blanca,
por la mañana temprano?*

¿Esta mujer existe? No lo dudes, lector. Entre nosotros vive una virtuosa dama, esposa de torero y madre matrona de cinco toreros. No ha mucho murió en Córdoba la que fué bellísima compañera de Rafael Guerra, mujer de esta estirpe. Y en años más remotos sucumbió en América la santa mujer de Luis Mazzantini, que llevóse enlazada en la muñeca la coleta del marido, para que, al seguirla éste en el viaje sin regreso, la pudiera reconocer en la otra vida...



El gobernador civil de Cádiz abraza a Domecq.—A la derecha: Momento de serle impuesta la banda de la gran Cruz de Beneficencia



REPORTAJE GRAFICO DEL FESTIVAL DE JEREZ, DONDE LE FUE IMPUESTA A DOMEQ LA GRAN CRUZ DE BENEFICENCIA



El gobernador civil, imponiendo las insignias a Alvaro Domecq de la gran Cruz de Beneficencia



Domecq abraza a su hijo Alvarito, después del cariñoso acto celebrado el domingo



Pepe Bienvenida, que actuó en el festival organizado en Jerez, abraza a Alvaro Domecq



La señora de Domecq y los dos hijos del rejonador jerezano presencian el festival



El gobernador civil de Cádiz pronunciando las palabras de ofrecimiento del acto

Los niños del Oratorio son portadores de la banda que será impuesta a su protector



Alvaro Domecq es llevado a hombros de las cuadrillas que actuaron el domingo en el festival

El homenajeado saluda a los espectadores que lo aclaman, después de la imposición de las insignias



El alcalde de la ciudad pronunciando unas palabras de felicitación durante el homenaje

Los niños del Oratorio, presentes en el homenaje a su protector, lo abrazan (Fots. Arenas)





Abriendo el toril
(Dibujo de Enrique Segura)



ENRIQUE
SEGURA

Toreros célebres: Francisco Bonal, "Bonarillo" (padre)
(Dibujo de Enrique Segura)